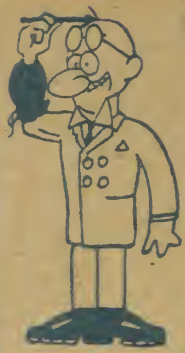
LA FARSA
50 cts.
ROBERTO
PASO Y ESTREMERA
Tú serás mío
COMEDIA EN TRES ACTOS



GUTIERREZ

SEMANARIO ESPAÑOL

:-: DE HUMORISMO :-:

24 páginas. Cuatro colores. 30 céntimos.

Xaudaró.—Tovar.—Penagos. Ribas.—Bartolozzi.—Baldrich.—Karikato.—Roberto.---Barbero.---López Rubio.---Tono. Etcétera.

K-HITO, director.

Los mejores escritores humorísticos.

CONCURSOS RAROS.—SECCIONES EXTRAÑAS

¡Contra la neurastenia!

¡Contra la hipocondría!

HUMORISMO SANO.—BUEN GUSTO

COMPRE V. TODOS LOS SABADOS

GUTIERREZ

Administración: Rivadeneyra (S. A.)

Paseo de San Vicente, 20.—MADRID

11064

TU SERAS MÍO

ANTONIO PASO
Y ANTONIO ESTREMERA

Tú serás mío

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

Estrenada en el teatro Cómico, de Madrid,
el día 7 de febrero de 1928.

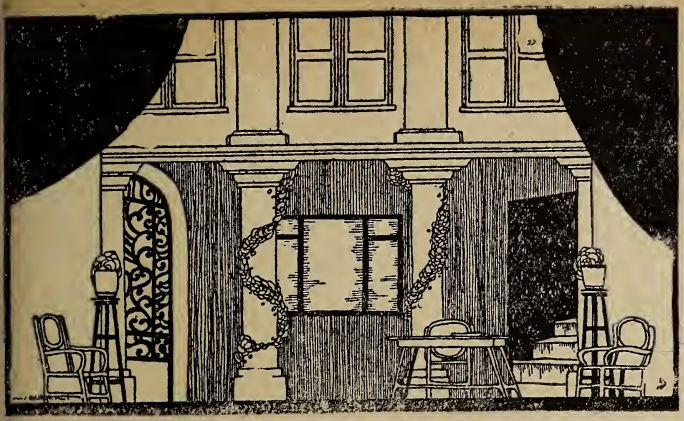
LA FARSA
AÑO II ❀ 17 DE MARZO DE 1928 ❀ NUM. 28
MADRID

REPARTO

PERSONAJES	INTERPRETES
LAURA	Loreto Prado.
LUISA	Carolina Fernangómez.
LIBRADA	Paulina Martín.
LUTGARDA	Luisa Melchor.
UNA MOZA	María López.
LISARDO LEON	Enrique Chicote.
LUIS	Julio Costa.
LEANDRO	Julio Castro.
LEONCIO	Francisco Melgares.
LUDOVICO	Benito Cobeñas.
LEONARDO	Rodolfo Recober.
LAMBERTO	José Sampietro.
LINO	José Delgado.
MARQUESITO	Augusto R. Arias.

Epoca actual. En un pueblo de Castilla.

Derecha e izquierda, las del actor.



ACTO PRIMERO

Planta baja de una casa de las más ricas de un pueblo de Castilla. Lateral derecha del actor, y formando chaflán con el foro, puerta cancela, que da a la calle. En el foro, gran ventanal, que da también a la calle. Lateral izquierda, segundo término, puerta con dos escaleras, que da salida a las habitaciones altas. Primer término, otra puerta, que comunica con las habitaciones bajas. En el centro de la escena, fuente rodeada de macetas. El friso de las paredes es de azulejos. Sillas de médula y sillón igual y una mesa.

Al levantarse el telón, el ventanal de foro está cerrado y corrida una cortina de cretona rameada. Por la cancela entra un tenue resplandor que da idea de que empieza a despuntar el día.

En escena, sentada en uno de los sillones y casi dormida, LIBRADA, *de unos cincuenta años, pelo blanco, y unas gafas entre azules y negras de esas grandes. Es una criada antigua en la casa, especie de ama de llaves. En la cancela, por la puerta de la calle,* LUIS, *galán joven de unos veinticinco años, y por la parte de adentro,* LUISA, *dama joven aproximadamente de la misma edad.*

LUISA. *(Después de un momento de pausa que figura que están hablando.)*—Bueno, Luis, vete; vete, que ya sabes que en este tiempo amanece sin avisar, y en cuanto se hace de día ya está aquí don Leandro el médico a levantar a mi padre...

672941

LUIS.—¿Pero viene tos los días?

LUISA.—Tos los días; y aunque no viniera: la gente de aqu de Montefrío es mu madrugadora, tú lo sabes; pudieran verte y si además de verte alguno te conociese para qué queríamo más.

LUIS.—Mi padre me colgaba de un olivo.

LUISA.—Y a mí el mío me encerraba en un convento.

LUIS.—¡Maldita sea! Pero es que esto no va a tener solució nunca?

LUISA.—Mientras viva tu padre y el mío no la tiene; nos otros no podemos querernos más que siendo huérfanos.

LUIS.—Y va pa rato, porque mi padre ca día amanece má fuerte.

LUISA.—Pues el mío rebosa salud: paece mentira, con lo amigo que es del médico y del boticario.

LUIS.—¡Qué suerte más perra!

LUISA.—Qué le vamos a hacer: hay que esperar a que Dios se acuerde de ellos.

LUIS.—Y que sea casi al mismo tiempo. Porque tú suponte que se acuerda de uno el año que viene, y se le va de la memoria el otro y pasan quince o diez y seis años...

LUISA.—Que es lo más probable, porque como tiene que pensar en tantos...

LUIS.—Y mientras se cruza en el camino otro y...

LUISA.—O se cruza otra y...

LUIS.—Eso no, tú ya sabes que pa mí no hay más mujer que tú en el mundo, y si no me caso contigo me voy a las ermitas de Córdoba o me compro un palo mu largo, le ato en la punta una calabaza, me coso en la ropa toas las conchas de almejas que encuentre y me voy por esos caminos peregrinando hasta que llegue mi última hora.

LUISA.—¡Ah! Pues a constancia no me ganas tú, porque yo antes de ser de otro hombre prefiero ser Carmelita descalza, comendadora, o últimamente Hermana de la Caridad.

LUIS. *(Entusiasmado.)*—Vida mía.

LUISA.—Lo que oyes, o mujer tuya o hermana.

LUIS.—Yo lo que temo es que como tu tía Laura tiene, ¡yo no sé por qué!, ese interés en casarte y no hace más que presentarte hoy uno, mañana otro, a tos los mozos del pueblo... Claro que mozo que te presenta, mozo que descalabro.

LUISA.—En lo cual haces malísimamente, porque ya ha llegado a chocar que mozo que se me acerca, mozo que amanece descalabrado, y dicen y con razón que yo no soy una mujer, que soy un rompecabezas. Además, figúrate que te sorprendieran...

LUIS.—No te preocupes, porque el rompecabezas no soy yo,

Lino, el cabrero de casa, que por cada una que descalabra doy cinco duros. Así es que ya puedes figurarte: tos los nanecer, cuando regreso al cortijo, me está esperando pa eguntarme: "¿A quién le toca hoy, señorito?"

LUISA.—Pues otra vez dale bien las señas, porque el hijo de on Florencio el Registrador no se ha acercao a mí ni pa malo pa bueno y anteanoche, al ir a su casa, le dieron una pedrá ue cayó al suelo sin sentido.

LUIS.—Sí, pero esa no me la cobró: me dijo que era una ropina.

LUISA.—Bueno, vete, que ya ha clareao el día.

LUIS.—¡Qué lástima! ¿Por qué no convences a tu padre que e vaya a ese país que dicen que dura la noche seis meses?...

LUISA.—Anda Luis, mira que por un minuto más podemos erderlo to.

LUIS.—Hasta la noche, a la hora de siempre.

LUISA.—A la hora de siempre.

LUIS. *(Muy corrido.)*—Adiós, Luisa.

LUISA. *(Idem.)*—Adiós, Luis.

LUIS.—Y acuérdate de lo que te he jurao; peregrino.

LUISA.—Y yo hermana. *(Luis desaparece de la cancela. Luisa queda todavía un momento figurando que lo ve marchar y despidiéndole con la mano. Después vuelve al centro de la escena, cerca de Librada, a la que sacude para que despierte.)* Librada! ¡Librada!...

LIBRADA. *(Como entre sueños.)*—Váyase usted ya, señorito Luis...

LUISA.—Si ya se ha ido.

LIBRADA.—¿Que se ha ido?

LUISA.—Ya está camino del cortijo.

LIBRADA. *(Despertando del todo.)*—¿Y cómo es que yo no me he dao cuenta?

LUISA.—Porque estabas durmiendo.

LIBRADA. *(Indignada.)*—¿Quién? ¿Yo? ¿Dormir yo? Lo que pasa es que con estas malditas gafas pues siempre se me figura que es de noche, y sin querer doy alguna que otra cabezá; pero dormir... ¡Eso de dormir es un sueño!

LUISA.—Y que lo digas.

LIBRADA.—Hasta que no regañe o hasta que no se case con el señorito Luis yo no sabré lo que es pegar un ojo. ¡Como tengo que ser testigo de vista!

LUISA.—Y no es porque yo lo necesite; pero el día de mañana pudieran conocerse estas entrevistas, y como la gente es tan mala...

LIBRADA.—Y digo yo, ¿tan grande es el encono que hay en-

tre su padre de usted y el padre del señorito Luis pa qu ustés no puean quererse?

LUISA.—Muy grande. Y tú que llevas más de veinte años e la casa lo debes saber.

LIBRADA.—Yo lo que sabía es que el padre del señorito Lu siempre le estaba tirando a la cara a su padre de usted un ta Lerroux, y que su padre le tiraba a él un tal Sánchez Guerra y que eran cosas de política. Pero ya to eso se ha acabao, se gún he oído decir.

LUISA.—Sí, Librada, sí, se ha acabao en toa España menos en esta casa y en la de mi novio: aquí y allí estamos todavía como hace seis años.

LIBRADA. *(Yendo al foro y corriendo la cortina.)*—¡Anda Pues si es más que de día... Esta noche se han excedío usté en lo del pelao de la pava.

LUISA.—Un poquito que Luis haya tardao en irse y otro poc que nos hemos entretenío nosotras de charla... *(Por la puert de la cancela asoma* DON LEANDRO, *hombre ya maduro, per bien conservado, médico del pueblo.)*

LEANDRO. *(Desde la cancela.)*—¡Ah de la casa!

LIBRADA.—¡Si es don Leandro, el médico! Cuando yo decía que estaba bien entrao el día... *(Abriéndole.)* Pase, pase, don Leandro.

LEANDRO. *(Entrando.)*—Buenos días. ¿Qué tal esos ojos amiga Librada?

LIBRADA.—Así, así. Me paece a mí que no me voy a poder quitar en la vida estos mardecíos anteojos.

LEANDRO.—No desespere; se trata de un catarro a la vista, sin importancia. ¿Y tú *(Por Luisa.)*, cómo tan temprano levantada?

LUISA.—Tengo que ir a misa; además, ya sabe usted que a mí me gusta madrugar.

LEANDRO.—Lo sé, lo sé, y me complace. ¡Ah, si tú supieses lo higiénico que es levantarse temprano!

LIBRADA.—¿Usted madruga mucho?

LEANDRO.—En cuanto empieza el crepúsculo ya me estoy tirando de la cama. Abro mis ventanas, de par en par, y empiezo a aspirar con deleite esa riqueza de oxígeno que la Naturaleza nos brinda al rayar el día. ¡Qué mejor desayuno que ese! ¡Ni qué mejor receta!

LUISA.—Usted es poco partidario de medicinas.

LEANDRO.—Soy poco partidario de ellas en este pueblo, que tiene la desgracia de sufrir a un boticario como el que tiene, que convierte las recetas, por obra y gracia de su ignorancia, en esquelas de defunción. Y todavía tiene el cinismo de colocar una muestra en la que se lee, en letras grandes: "Farmacia

del licenciado don Leonardo Pisa Moreno." ¡Licenciado! Como Dios no lo remedie, el mejor día lo es, pero no de Farmacia, sino de Santoña.

LUISA.—Pues él dice que usted, en vez de médico, debía ser notario, porque cada receta es un testamento.

LEANDRO.—Qué sabe ese ignorante... Lo mismo que empeñarse en que es más amigo de tu padre que yo. ¿Pero de dónde? ¿Y por qué? Amigo, amigo, lo que se dice amigo, yo.

LIBRADA.—El también quiere mucho al señor.

LEANDRO.—Lo quiere para darse postín, para decir por todo el pueblo que es el brazo derecho de Lisardo León, y para meterse en reglamentarle su vida.

LUISA.—Como usted.

LEANDRO.—Pero es que yo soy yo. Yo soy el médico, y he hecho la carrera en Madrid, con una de sobresalientes que le pondrían tonto a Ramón y Cajal; y no es vanidad, pues a mí me consulta Marañón.

LUISA.—¿Marañón?

LEANDRO. *(Asintiendo.)*—Como lo oyes: Marañón. Ayer, sin ir más lejos, me escribió preguntándome si vivía en este pueblo un tal Eusebio Carriles. Pero no hablemos más de esto, y a lo práctico. ¿Qué hace ese hombre? ¿Se ha levantado ya?

LUISA.—No, creo; porque anoche se acostó tarde.

LIBRADA.—Después de cenar, se presentaron don Justo Verdugo, el juez, y don Leonardo...

LEANDRO.—¡Don Leonardo! Ese pildorilla se ha propuesto matar a tu padre, y si no estuviera yo aquí acababa con él... ¿Estarían jugando, verdad?

LUISA.—Hasta muy cerca de las dos de la madrugada.

LEANDRO.—¡Qué enormidad!

LIBRADA.—Es que el boticario sostiene que no debe acostarse hasta que haya hecho bien la digestión.

LEANDRO.—¿Entonces por qué le obliga a su señora a que se acueste, acabada la cena?

LIBRADA.—Se conoce que es porque quiere que le dé un cólico.

LEANDRO.—Vaya, voy a levantar a esa víctima; a sacarlo de la cama, a oxigenarlo, a que tome vida... *(Desde la escalera.)* Esto, esto es amistad, y no lo de ese potinguero. Y que siga, que siga: él a acostarle tarde y yo a levantarle temprano, y a ver quién va a poder más. *(Mutis por la segunda izquierda.)*

LIBRADA.—El que no va a poder más va a ser tu padre.

LUISA.—Verdaderamente, yo no sé cómo los aguanta.

LIBRADA.—Es que como son tan amigos.

LUISA.—Bueno; voy a ver si me echo un rato, y eso que me estoy temiendo que venga tía Laura a que la acompañe a misa.

LIBRADA.—Y si viniera ella sola... Pero a buen seguro que se traerá otro pretendiente.

LUISA.—Ya, ya. Qué afán por buscarme novios. Y qué afán porque me case.

LIBRADA.—Su idea se llevará, no le quepa duda. Y como ella como to el pueblo, ve que no tié usté amoríos con nadie, pues no es chocante que... Ahora, que ca vez que la veo entrar con un mozo, me echo a temblar; porque como luego les pasa lo que les pasa a los pobrecitos. ¡Diez y ocho hay vendaos! El otro día estaba la plaza que parecía una sala de operaciones.

LUISA. *(Riendo.)*—Pues ni aun así cede en su empeño. Bueno, voy a ver si doy una cabezá.

LIBRADA.—Feliz usted. *(Luisa hace mutis segunda izquierda.)* Yo voy a preparar el desayuno para el señor, que como lo habrá levantado el doctor... Y haré porque se lo sirva Lamberto; así daré yo una cabezadita también. *(Mutis primera izquierda. Por las escaleras se ve bajar a* LEANDRO, *que tira materialmente de* LISARDO, *hombre de unos cuarenta y cinco a cincuenta años, bien conservado; viste pijama y sale materialmente dormido.)*

LEANDRO.—¡Vamos, hombre, aviva!

LISARDO.—Pero, Leandro de mi alma, ¿cómo quieres que avive, si me estoy cayendo a chorros?

LEANDRO.—¡Claro! Como que haciendo lo que haces no es posible tener salud.

LISARDO. *(Abriendo la boca.)*—Como no la voy a tener es haciendo lo que haces tú; porque hay que ver el sueñecito que me has quitado.

LEANDRO.—Yo no te he quitado nada; eso se lo dices a Leonardo, que te obliga a acostarte de madrugada. Yo te levanto a la hora que higiénica y científicamente tienes que levantarte; él viene después de cenar a darte la noche.

LISARDO.—Y tú vienes a darme la mañana.

LEANDRO.—Bueno; no hablemos más, y a ganar lo perdido. Anda, abre esa boca, que te entre el oxígeno. *(Lisardo abre la boca y bosteza.)* Levanta esos brazos, ponte en cuclillas, haz un poco de gimnasia sueca. *(Mirando el reloj.)* Qué lástima: son más de las siete; has perdido un cincuenta por ciento de oxígeno puro. *(Viendo que Lisardo se deja caer en un sillón.)* Pero ¿qué es eso? ¿No haces gimnasia?

LISARDO.—Pídeme lo que quieras, menos que me ponga en cuclillas; no puedo, Leandro. Si quieres, estaré con la boca abierta el tiempo que te dé la gana; pero gimnasia, no.

LEANDRO.—¡Claro! No eres tú el que te niegas: es la naturaleza.

LISARDO.—La naturaleza y las corvas, que no me sostienen.

LEANDRO.—Todo eso te ocurre por no decidirte a echar de quí a ese idiota de Pisa Moreno, que es un egoísta que, con ıl de dárselas de amigo íntimo tuyo, lo mismo le da que re- ientes.

LISARDO.—No tanto, hombre. Leonardo me quiere bien.

LEANDRO.—¡Qué equivocación más grande! El viene cuando : conviene o cuando te necesita, y no es eso, no; acuérdate de ı copla:

"El amigo verdadero
ha de ser como la sangre,
que acude siempre a la herida
sin aguardar que la llamen."

Y el que acude siempre a la herida soy yo.

LISARDO.—Por algo eres médico.

LEANDRO.—Te estoy hablando en serio, Lisardo.

LISARDO.—Bueno. ¿A ti te parece, puesto que ya me he le- vantado, que me desayune?

LEANDRO.—Claro que sí. Pero ya sabes lo que tengo aconse- ado: un desayuno científico; el que requiere tu naturaleza.

LISARDO.—Me acompañarás, ¿verdad?

LEANDRO.—No. Yo hace más de media hora que me desayu- né... Un par de huevos con patatas y mi pedazo de lomo de cerdo adobado: lo que requiere mi temperamento sanguíneo.

LISARDO.—Sí, comprendo... Un desayuno científico. *(Lla- mando.)* ¡Librada, Librada! *(Por la puerta primera de la iz- quierda sale* LAMBERTO, *criado; cojea un poco de la pierna derecha.)*

LAMBERTO.—¿Es el desayuno lo que quiere el señor?

LISARDO.—El desayuno

LAMBERTO.—Pues en seguida se lo traigo, porque la Librada está haciendo el de la señorita.

LEANDRO.—¿Qué te pasa a ti, que cojeas? ¿Algo de reuma, verdad?

LAMBERTO.—Ca; no, señor. Un callo que tengo en el deo me- ñique, y no me deja vivir. Ya hace días que me estoy poniendo ese específico del boticario, y veremos a ver; hasta ahora, no me noto mejoría.

LEANDRO.—Qué has de notar. Y como sigas poniéndotelo, tendré que amputarte la pierna.

LAMBERTO.—¿Y qué es eso?

LEANDRO.—Cortártela.

LAMBERTO.—¡Antes me dejo cortar la cabeza!... ¡Con la farta que me hace esta pierna!

LEANDRO.—¿Ah, sí?

LAMBERTO.—Como que es con la que doy las patás a r mujer.

LISARDO.—Bueno; anda, sácame el desayuno. *(Lamber hace mutis por primera izquierda.)*

LEANDRO.—¡Pobre hombre! Lo deja inválido.

LISARDO.—No seas así; ese ungüento que se está dando ti ne una fama casi mundial: es uno de los inventos que ha hech popular el nombre de nuestro amigo; todos los periódicos l anuncian: "Para los callos, Pisa Moreno."

LEANDRO.—Sí, sí; conozco el reclamito. Una farsa y nad más.

LAMBERTO. *(Saliendo con una bandeja y en ella dos tazas, u vaso, cafeteras, pan y mantequilla.)*—Aquí está esto. He tra do dos tazas, por si el señó dotor quiere acompañarle.

LISARDO.—No; él ya se ha desayunado.

LEANDRO. *(Al ver que Lamberto va a servir a Lisardo.)*—A ver, a ver: échame un poco café aquí.

LAMBERTO.—Con mucho gusto.

LEANDRO.—Pon un poco de azúcar. *(Lamberto lo hace. Lean dro lo prueba y, relamiéndose de gusto, dice.)* ¡Cargadísimo Esto no puedes tomarlo tú. *(Bebiendo otro sorbo.)* Y el cas es que está que resucita a un muerto.

LISARDO.—Pues eso es lo que me hace falta a mí.

LEANDRO.—Ca, hombre, ca. ¡Con lo nervioso que eres!... T provocaría una excitación. Llévate eso, Lamberto. Así, de est modo, alejo la probabilidad de que te lo comas tú.

LISARDO.—No es que la alejas: es que me la pones en la Po linesia.

LEANDRO.—Eres un niño. En fin, voy a hacer la visita; hoy me he retrasado algo más. Y no te encargo nada; como yo me entere de que te sales de este régimen y te tomas algo más tenemos un disgusto. Si fuese otro, no me importaría; perc tratándose de ti... Porque yo por ti tengo lo que se dice debilidad.

LISARDO.—Como yo por ti.

LEANDRO.—No haces más que pagarme. Bueno; hasta luego. *(Hace mutis por la cancela, que dejará abierta. Hay un momento de pausa. Lisardo mira a Lamberto y éste, a su vez, a Lisardo.)*

LAMBERTO. *(Después de un momento.)*—No querrá osté bicarbonato, ¿verdad?

LISARDO.—Mira, Lamberto: muchos años llevas en la casa y mucho te estimo; pero eso de que te permitas chuflas conmigo...

LAMBERTO.—Perdóneme el amo; pero es que me da una rabia ver lo que veo... Basta que al amo le guste una cosa, pa que

dotor se la prohiba. Y cuando no es el dotor es el farma-
utico.

LISARDO.—Lo hacen por mi bien, me quieren... Claro que, así
r encima, parece que me quieren matar de hambre y de sue-
... Pero son dos buenos amigos; esos mismos celos que tienen
uno del otro no es más que el exceso de cariño que sienten
r mí. *(Abriéndosele la boca.)* Estoy hecho trizas.

LAMBERTO.—Como que, yo que usted, ahora que se ha ido
dotor, me tomaba una taza de café bien cargá y con mucho
úcar, como al amo le gusta.

LISARDO.—Sí que me la tomaba; pero a lo mejor se entera,
ya lo has oído, le doy un disgusto terrible.

LAMBERTO.—Por mí no había de saber ni jota.

LISARDO.—No; lo mejor es que... *(Registrándose los bolsi-
os del pijama.)* Sí; aquí tengo un puro. *(Lo saca.)* Esto me
nima, me inspira... ¿Tienes una cerilla?

LAMBERTO.—Tengo automático. *(Saca un mechero y se lo da.)*

LISARDO. *(Encendiéndole y saboreándole.)* ¡Exquisito! ¡Qué
roma!

LAMBERTO.—¿Le gusta al amo?

LISARDO.—Con locura. Un buen habano, como este, es un
lacer de dioses. Y a pesar de no haber desayunado fuerte,
arece que me sienta admirablemente... *(Por la cancela hace
ntrada* DON LEONARDO, *el boticario, también hombre maduro.
l entrar, Lisardo está un poco vuelto a la puerta de entrada
no lo ve; aquél avanza hacia el foro, con cautela, haciéndole
na indicación a Lamberto que no diga nada, y baja por de-
rás de Lisardo hasta él, y le arranca el puro de los labios.)*

LEONARDO. *(Indignado.)*—¿Pero es que quieres matarte?

LISARDO. *(Sorprendido.)*—¿Eh?

LEONARDO.—¿No te he prohibido en absoluto que fumes?
No sabes que la nicotina es un veneno para ti?

LISARDO.—Pero si es que...

LEONARDO.—Nada, nada; no me vengas con excusas, porque
pierdes el tiempo. ¡Digo, y menudo puro! ¡Un Rigoletto!...
Esto es un escopetazo. *(Fuma con avidez.)* ¡Vaya "bouquet"!

LISARDO.—Pero si no pensaba darle más que dos o tres chu-
padas.

LEONARDO.—Ni media. A menos que quieras romper nuestra
amistad. Afortunadamente, he llegado a tiempo para que no
te lo fumes.

LISARDO.—Y para fumártelo tú.

LEONARDO.—Yo, es otra cosa. Yo estoy aculotado; a mí no
me hace daño nada. *(Rompe a toser de una manera terrible.)*

LISARDO.—Pues parece que no te hace buen efecto.

LEONARDO.—No lo creas; esta tos no tiene nada que ver con

el puro... La tengo desde ayer tarde, y anoche, después d irme de aquí, se me ocurrió tomarme un caramelo pectoral, d esos que yo he inventado, para calmar la tos, y estoy que m ahogo.

LAMBERTO.—Entonces, si le parece a usted, dejaré de darm el ungüento ese que me trajo, porque ca vez ando peor.

LEONARDO.—¿Dejar de dártelo? ¡Qué locura! Tú ten cons tancia, que ya me darás las gracias. Bueno, y ahora haz e favor de explicarme cómo es que, habiéndote acostado a la dos de la madrugada, estás levantado tan temprano.

LISARDO.—No, si yo no pensaba levantarme; pero vino Lean dro...

LEONARDO.—¡Ah, vamos! Ya pareció el peine. ¡Leandro Siempre Leandro.

LISARDO.—El lo ha hecho con el deseo de que aspire el air puro...

LEONARDO. *(Fumando.)*—Sí, puro... Conozco sus teorías.. El oxígeno mañanero, el oxígeno del atardecer. Lo ha tomad con el oxígeno; no receta más que balones. Además lo qu más me molesta es que vaya diciendo por todo el pueblo qu el único amigo verdad que tienes es él. ¡Como si yo no fuer nadie!

LISARDO.—Tú también eres un buen amigo mío.

LEONARDO.—¡Cómo también! El único. ¿Tú crees que es d amigos levantar, con la burda patraña del oxígeno, a las sei de la mañana a un hombre que se ha acostado a las dos? Vamos, que si no fuera por lo que es... ¡Ah, pero ahora mism te metes en la cama!

LISARDO. *(Aterrado.)*—¿Que me acueste?

LEONARDO.—Que te acuestes, y te estás durmiendo hasta la hora que te levantes para comer, y nada más. Y eso es quererte, y lo demás son cuentos. Si yo no tuviera que atender a la farmacia, cualquiera me tiraba de la cama.

LISARDO.—Pero si ya, después de todo, me he desvelado y...

LEONARDO.—Que te acuestes, te digo. Te hace falta estar descansado para el tresillo de esta noche.

LISARDO.—Sí, hombre, sí. Pero ya, una vez levantado... Luego, si acaso, después de comer.

LEONARDO.—No te canses, porque soy capaz de llevarte en brazos a la cama; pues poco bien que te van a sentar cuatro horitas de sueño. Anda, Lamberto; tú ayúdame a acostarlo.

LAMBERTO.—Si el amo me lo manda...

LEONARDO.—Te lo mando yo, que es lo mismo; o si no, que lo diga él.

LISARDO.—Bueno, hombre, bueno; no te disgustes. Vete tranquilo, que me meteré en la cama.

LEONARDO.—De ningún modo; yo no me voy hasta que te eje acostado y roncando. *(Exaltándose.)* ¿Pero tú no sabes ue el sueño es el tónico más grande que se conoce?

LISARDO. *(Levantándose, ya vencido.)*—Sí, hombre, sí.

LEONARDO.—Pues, hala, a tumbarte. Y yo, hasta oírte ronar, me sentaré a la cabecera. ¿Soy o no soy un amigo?

LISARDO. *(Marchándose, seguido de Leonardo y Lamberto.)* Eres un amigo que tumba. *(Cuando ya han desaparecido por as escaleras de la izquierda, se ve cruzar por el ventanal del oro a* LAURA, *de unos cuarenta años, guapota, fresca, en el uen sentido de la palabra, vistiendo bien, sin exageración, seuida de* LEONCIO, *muchacho pueblerino, de unos veintidós años. Este Leoncio, por medio de una peluca, lucirá una cabeza como l Monumental Cinema. Se peina con raya al centro. Los dos ersonajes llegan hasta la cancela y entran. Leoncio tiene el ombrero en la mano.)*

LAURA. *(Entrando primero.)*—Pasa, salao, pasa... *(Viendo ue titubea y tirando de él.)* No tengas miedo, rico... ¡Ay, endito Dios, y qué poco elegante eres! Te se cae la americana le los hombros... *(Se la coloca bien.)* El nudo de la corbata o llevas torcido. *(Se lo pone bien.)*

LEONCIO.—Si ha sido mi madre, que cuando se ha enterao de que venía con usté a esta casa, no ha querío vestirme.

LAURA.—¿Pero por qué?

LEONCIO.—Porque como a mi hermano mayor, el otro día que lo trajo usté, le pasó lo que le pasó.

LAURA.—Esas son habladurías.

LEONCIO.—Serán habladurías; pero vaya usté atando cabos: A Román, el de Loja, lo trajo usté, y por la noche lo escalabraron.

LAURA.—Mentira. Fué que estuvo de juerga y le dieron un garrotazo, y para justificarse...

LEONCIO.—A Santos, el sobrino del registrador, también lo trajo usté, y...

LAURA.—Ese, fué que se cayó a la entrada de la calle Real; yo lo vi.

LEONCIO.—Y a Paco Revuelta, el que estudia pa cura...

LAURA.—Ese, fué que le cayó una teja...

LEONCIO.—Yo, la verdad, he venío porque la Luisa me gusta a rabiar; pero tengo miedo de que me vayan a dar en la cabeza...

LAURA.—Y que a ti te dan, o no hay puntería en el mundo. Pero no te preocupes, que eso ha sido una coincidencia; anda, ponte el sombrero antes que salga Luisa.

LEONCIO.—Sí, ya me hago cargo. ¿Pa quitármelo cuando salga?...

LAURA.—Así debe ser; pero tú no te lo quites.

LEONCIO.—¿No quié usté que me vea la raya?

LAURA.—Toda de una vez, no. Le daría un vahido. ¡Hay que ver! Es el directo de Madrid-Valencia. Si naces moro, te tienen que hacer los turbantes por suscripción nacional.

LEONCIO.—Es el único defecto que tengo; en cambio, como tipo...

LAURA.—Como tipo, eres de lo mejorcito de Montefrío; lo que es menester es que no te cortes, que estés suelto, gracioso mundano. No sé lo que os pasa a los pollos de hoy día, que veis a una mujer y os atontáis.

LEONCIO.—Es que las hay que le quitan a uno las ganas de conversar.

LAURA.—Que os quitan las ganas. Di tú que lo que no tenéis es apetito. ¡Valiente juventud! Si yo, ahora, en vez de mujer, fuese hombre, tenía cola en la puerta de mi casa. Como que están todas penaditas por que les digan algo, pero algo que les llegue, que las ilusione; no lo que vosotros les decís ahora: que les habláis de la cosecha, de que si el tiempo es bueno, de que si el tiempo es malo... Ganas de perder el tiempo.

LEONCIO.—Sí que tié usté razón; pero ya le he dicho que hay mujeres...: su sobrina de usté, por ejemplo; la Luisa es una mujer que va uno a decirle algo bonito y lo pára. ¡Como es tan guapa! Por supuesto, que de familia le viene, porque su madre fué una real moza; y si es su tía...; usté, no es porque yo lo diga, pero viuditas así se ven pocas; entoavía, cuando salimos de ronda los mozos, no pasamos por sus balcones sin cantarle una copla.

LAURA.—Sí; pero ya las podíais escoger, porque anoche me cantasteis a voz en grito:

"Una viuda y dos solteras
están conmigo melosas;
¡que Dios me dé la viuda,
que sabe más de estas cosas!"

LEONCIO.—Eso fué el hijo del registrador, que tié una intención pa las coplas... *(Por la escalera de la segunda izquierda baja* LAMBERTO; *cada vez cojea más.)*

LAMBERTO.—Buenos días, doña Laura.

LAURA.—Buenos, Lamberto. ¿Y mi primo?

LAMBERTO.—Don Lisardo está durmiendo.

LAURA.—Pues despiértale en seguida.

LAMBERTO. *(Aterrado.)*—¿Que lo despierte?

LAURA.—Sí, hombre, sí, que lo despiertes; y me extraña que esté acostado, porque él me ha dicho que madruga.

LAMBERTO.—Madruga porque el médico le tiene prohibido que se levante tarde.

LAURA.—¿Y cómo está ahora en la cama?

LAMBERTO.—Está en la cama porque el boticario no consiente que se levante temprano.

LAURA.—¿Es posible? ¿De modo que el boticario...?

LAMBERTO.—Arriba lo tié usté, que subió a acostá al amo; se sentó en un sillón a la cabecera de la cama y ha cogido un sueño que está abollando el tabique de los ronquíos que da.

LAURA.—Bueno; pues levántalo.

LAMBERTO.—Míe usté que me va a costar un disgusto.

LAURA.—Cuando sepa que te lo he mandado yo no te dirá nada.

LAMBERTO.—No, si el amo estoy seguro que no me dirá na; pero como se dé cuenta el boticario...

LAURA.—Que se la dé; después de todo don Leonardo no es más que un amigo, y yo soy su prima..., por ahora; de modo que anda, haz lo que te mando.

LAMBERTO.—Bueno, bueno. *(Se dirige a la segunda izquierda. Al mismo tiempo baja por ella* LUISA, *con velo y libro de misa.)*

LUISA. *(Avanzando.)*—Buenos días, tía Laura.

LAURA.—Hola, Luisa. ¿Pero qué es eso? Ojerosa, paliducha. ¿Hay alguno ya?

LUISA. *(Sonriendo.)*—No, tía, no; es que duermo muy poco, casi nada; tanto es así que hoy he estado tentada de no ir a misa y quedarme en la cama. ¿Viene usted también a la iglesia?

LAURA.—No sé si podré, porque tengo que hablar con tu padre; pero tienes tiempo; anda, siéntate un momento, que voy a presentarte a... *(Señalando a Leoncio.)*

LEONCIO. *(Aparte.)*—Yo me quitaría el sombrero; pero como me ha dicho eso de la raya.

LUISA.—Pero, tía, si ya sabe usted que yo...

LAURA.—Siéntate y escúchame. *(Se sientan.)* Se trata de un buen partido: aquí, Leoncio, es hijo de Hipólito Tercero, y ya sabes que la familia de los Terceros es de las más ricas de Montefrío.

LUISA.—¿Entonces el que me trajo usted el otro día...?

LEONCIO.—Mi hermano mayor; yo soy el que le sigue.

LAURA.—Este es el segundo de los Terceros, y está por ti que va a perder la cabeza, que ya ves si es difícil.

LUISA.—Si yo lo comprendo todo, tía, y todos me parecen aceptables; pero es que no me da por los novios.

LEONCIO.—Es que usté y yo seríamos novios el tiempo que

usté quisiera na más; y no digo que el que quisiera yo, porque por mí nos casábamos esta misma tarde.

LAURA.—Ya lo ves: viene con todas las de la ley; y que yo me he enterado bien, y es de lo más formal...; sus padres están encantados; no les derrocha ni un céntimo; le dan lo justo para sus gastos y nada más: dos reales para el café, una peseta para tabaco, un duro para cortarse el pelo...; lo justo nada más.

LEONCIO.—Además, que yo estoy estudiando para ver de meterme en Aduanas, y llevo muy bien los estudios.

LAURA.—Ya lo oyes.

LEONCIO.—La Aritmética es lo único que no me entra en la cabeza.

LAURA.—Es que es la de once tomos, ¿sabes?

LUISA.—Sí, sí; si no tiene usted que hacerme los cargos; si tanto Leoncio, como su hermano, como Román, como Santos, como los infinitos que me ha presentado usted, son buenos muchachos y buenos partidos, pero para una que piense casarse.

LAURA.—¡Ah! ¿Pero es que tú no te vas a casar nunca?

LUISA. *(Con desaliento.)*—Nunca. Y cuidado que está usted haciendo cosas para que pique.

LAURA.—Como que la mujer no trae más que dos misiones a este mundo: la primera, casarse, y la segunda, si enviuda, volverse a casar.

LUISA.—Según eso, ¿usted...?

LAURA.—¿Yo? ¡Ay! Para qué te lo voy a negar: estoy deseando reincidir... Eso de que te acuestes, extiendes un brazo, y el vacío; extiendes el otro, y nada. ¡Un hombre! Un hombre es la sombra de una casa. ¿Te levantas alegre? Pues ya tienes a quién hacer partícipe de tus alegrías. ¿Te levantas de mal humor? Pues ya tienes a quien darle un disgusto. ¿Que os lleváis bien? Pues la casa es un idilio: besos, abrazos, suspiros... ¿Que os lleváis mal? Pues la casa es un infierno: voces, denuestos, cada dos días vajilla nueva...; y si vieras luego, en cuanto se reponen los cacharros y vienen las paces, qué momentos más felices... ¡Ay! ¡La de platos que yo he roto nada más que por hacer las paces!

LEONCIO.—Ahora me explico por qué habla tan bien de usté el de la tienda de loza.

LAURA.—Créeme, Luisa: cásate, cásate en seguida; una mujer soltera se aburre en todas partes; en cambio, casándose tiene la ventaja de que no se aburre más que en su casa.

LUISA. *(Levantándose.)*—Bueno; pues ya que he oído el sermón me voy a oír la misa. *(Llamando a la izquierda.)* ¡Librada! ¡Librada!

LEONCIO.—Nada, que ha predicao usté en desierto.
LAURA.—Con lo que tú me has ayudao ya podía yo estar edicándole hasta el día del Juicio. ¡Mi madre qué hombre! eso que estás loco por ella; si no liega más que agradarte duermes.
LEONCIO.—Es que como tiene esa seriedad...
LAURA.—Y tú esa asaúra...
LIBRADA. *(Que habrá salido un momento antes con mantilla libro de misa.)* Cuando quiera la señorita.
LUISA.—Vamos.
LIBRADA.—Y no deje usté de avisarme cuando se acabe; rque, el Señó me perdone, pero hoy, aunque fuese misa canda, yo no la oía; voy, que me mira el monaguillo y me hiptiza.
LUISA. *(Sonriendo.)*—Descuida. *(Avanzando le pregunta a ıura.)* ¿De modo que se queda usted?
LAURA.—Sí; ya te he dicho que tengo que hablar con tu dre.
LUISA.—Pues hasta luego. *(Hace mutis, seguida de Liada.)*
LEONCIO.—¿Y yo qué hago?
LAURA.—Pues qué vas a hacer: acompañarla hasta la iglea, ofrecerle el agua bendita, y por el camino decirle todas as cosas que me has dicho que sientes por ella: lo que hacen s hombres.
LEONCIO.—¿Y si me manda a freír espárragos?
LAURA.—Pues te compras una sartén; anda, hombre, que se va. *(Empujándole.)*
LEONCIO.—Bueno, bueno. *(Hace mutis por la cancela. Laura desde la cancela marchar a Leoncio. Por la escalera de la gunda izquierda bajan* LISARDO *y* LAMBERTO*; bajan de punllas; pero Lamberto, como cojea, hace ruido sin querer.)*
LISARDO.—¡Chis! ¡Por Dios, Lamberto, no hagas ruido!
LAMBERTO.—Pero, señorito, si es que esta maldita pierna ca ez me duele más.
LISARDO.—Pues si es preciso apóyate en mí. *(Se apoya.)* sí... *(Bajan más silenciosos.)* No comprendes que si se desierta Leonardo y ve la cama vacía se lleva un disgusto enorme.
LAMBERTO.—No tenga usté cuidao: la ha cogío pa largo. *Ya están en escena.)*
LAURA. *(Viéndolos.)*—¿Conque durmiendo, eh?
LISARDO.—Así, así.
LAURA.—¿Te has desayunado?
LISARDO.—Así, así.
LAURA.—Bueno; pues siéntate, que tenemos que hablar de lgo muy importante.

LAMBERTO.—¿Entonces yo...?

LAURA.—Tú, siéntate también...; pero en la cocina.

LAMBERTO. *(Marchando.)*—Comprendío.

LAURA. *(Al verlo cojear.)*—¿Qué te pasa, que cojeas?

LAMBERTO.—¡Un callo! Y me estoy dando el específico d don Leonardo...

LAURA.—¡Ah, sí! Ese específico que titula "A los pies d usted".

LISARDO.—Y que por lo visto debía titularlo: "A los pie de usted le va a sentar muy mal."

LAMBERTO.—El dice que no me extrañe, porque esto es a principio; pero que insista, que ya se lo agradeceré.

LAURA.—Pues insiste y vete.

LAMBERTO. *(Haciendo mutis por la primera izquierda.)* Co permiso. *(Quedan solos Laura y Lisardo. Un momento d pausa.)*

LISARDO.—Bueno; pues tú dirás.

LAURA. *(Sentándose cerca de él.)*—Lisardo, a tu hija no ha quien la case. Mira que estoy haciendo unas cosas, que se en teran las damas catequistas y me piden por Dios que entr en la Congregación; pues ni por esas. Hoy le he traído Leoncio Tercero, un muchacho bien, con fortuna; pues com si le hubiese traído un foxterrier... Ya no queda en todo e pueblo más que el hijo del marqués de las Colmenas, que est loco por ella...

LISARDO.—Sí; pero que no tiene dos reales. De todo su ca pital, que era inmenso, no le queda más que la casa solarieg llena de armaduras; le dió la manía por hacer colección d ellas: unas, porque pretende que pertenecieron a sus antepa sados; otras, porque dice que fueron de los Reyes Católicos en resumen: que desde el portal al terrado no encuentras má que cascos, cotas de malla, corazas..., y la despensa, vacía Ese no es partido para Luisa; ahora si a ella le gustase...

LAURA.—A tu hija le traes al dios Apolo con flexible y ame ricana entallada y ni lo mira; y esto es muy raro, Lisardo esto obedece a algo.

LISARDO.—¿A qué puede obedecer?

LAURA.—Qué sé yo. ¡Ah! Pero me he de enterar. Librada si no lo sabe, por lo menos debe sospecharlo, y ésa me lo dic por las buenas o por las malas. Una muchacha como Luisa joven, guapa, rica, no es posible que piense quedarse par vestir imágenes. Aquí hay algo, Lisardo.

LISARDO.—Exageras, Laura; a mi juicio no hay más que así como yo le he jurado que mientras ella esté en esta cas no entrará una madrastra, ella acaso se haya dicho: "Pue yo, mientras viva mi padre, no me caso."

LAURA.—Y entonces, ¿nosotros qué?

LISARDO.—Nosotros..., esperar.

LAURA.—Ca, rico; a mí no me vuelves a hacer lo que hace inte años; prima de parentesco, pero nada más; acuérdate ıe teniendo yo nueve años y tú diez me pediste relaciones; ıe te dije que sí, que se enteraron nuestros padres...

LISARDO.—Que nos dieron varias palizas...

LAURA.—Y que cuanto más nos pegaban, más nos queríamos.

LISARDO. *(Enterneciéndose.)*—Eso sí; me parece que te es- ıı viendo, tan alegre, tan pizpireta, con las trencitas que te ıían por los hombros. ¡Lo que me gustaban tus trenzas!

LAURA.—Y los tirones que me has dao de ellas. ¿Recuerdas ıe una noche me pediste un caracolillo que me caía aquí en frente para encerrarlo en un guardapelo?

LISARDO.—¡Que aún conservo!

LAURA.—Recuerdas que al enterarse mi madre que te había ado pelo me dió pa el pelo: mandó que me pelasen con el ero, diciéndome: "Lo que es ahora como no le dés la caspa..."

LISARDO.—Y cuanto más se oponían, más nos queríamos.

LAURA.—Hasta que se convencieron y nos dejaron.

LISARDO.—Y hasta acordaron casarnos en su día.

LAURA.—Eso es; y te enviaron a Granada a seguir una ca- rera, y en vez de seguir la carrera te dedicaste a seguir a las ranadinas; hasta que una te enganchó y te olvidaste de que quí, en Montefrío, había una mujer, que al mismo tiempo ca una prima, con la que debías casarte.

LISARDO.—Eso no: olvidarme, nunca; te lo juro; ahora que, omo yo tengo este carácter, que no sé decir a nada que no...

LAURA.—En resumen: que la llevaste a la iglesia y que le iste el sí.

LISARDO.—Porque no sé decir que no.

LAURA.—Y yo aquí, en pleno verano, en los primeros días de gosto, esperando el día, que no llegaba nunca, el día de tu egreso, el día de nuestra felicidad...

LISARDO. *(En el mismo tono.)*—Y el día catorce del mismo nes te casaste con Nicolás, que en paz descanse.

LAURA.—No me casé yo: me casó mi madre para ver si te lvidaba.

LISARDO.—Pues para que veas lo que son las cosas: ni aun n vida de Angustias, mi mujer...

LAURA.—Que en paz descanse también.

LISARDO.—He podido olvidarte. ¡Estuvo tan ligada nuestra uventud!

LAURA.—Como que tú te debiste casar conmigo.

LISARDO.—Y tú conmigo.

LAURA.—¿Y tú por qué te casaste antes?

LISARDO.—¿Y tú por qué te casaste después?

LAURA.—Desengáñate: tú fuiste el primero que faltó a palabra.

LISARDO.—Después de todo, cuando te la di éramos tan jó nes... Tú lo acabas de decir: yo tenía diez años, y tú, nue

LARRA.—Sí; pero ahora que tienes cuarenta y cinco y treinta y ocho, la cosa varía. De modo que no empecemos, lo práctico. ¿A que no adivinas por qué has enviudado?

LISARDO.—Porque se ha muerto mi mujer.

LAURA.—Bueno; ¿pero por qué?...

LISARDO.—Porque cogió una pulmonía la pobre...

LAURA.—No lo creas: ¡porque estaba escrito! Como est escrito que yo tenía que enviudar también; porque yo te que ser tuya y tú tienes que ser mío.

LISARDO.—¿Tú crees?

LAURA.—¿Que si lo creo? Tú vete fijando en ciertas cos Las casas de tu propiedad en este pueblo están junto a las sas mías; los terrenos que posees en el campo, juntos con terrenos que yo poseo. tu cortijo, junto con mi cortijo...

LISARDO.—Es verdad.

LAURA.—Como que separaos no hay más que nosotros; esto no puede ser: tú te casas conmigo sea como sea.

LISARDO.—Ya te he dicho que en cuanto se case mi hi al otro día me caso yo.

LAURA.—Bueno; pues prepárate, porque aunque se me h acabao los mozos de este pueblo, desde mañana voy a empez a traer los del pueblo de al lao, y cuando se me acaben és le traigo los de otro, y otro.

LISARDO.—No siendo el hijo de Ludovico, por mi parte tr le toda la provincia; antes que emparentar con ese descar sado la metería en un convento.

LAURA.—Es que yo estoy dispuesta hasta traerle extra jeros.

LISARDO.—No exageres.

LAURA.—Como lo oyes: extranjeros; si no la caso yo, la ca la Sociedad de las Naciones. *(Por la puerta-cancela ent* LEANDRO.)

LEANDRO. *(Entrando.)*—¡Amiga Laura!

LAURA.—Hola, doctor.

LEANDRO. *(A Lisardo.)*—¿Qué? ¿Cómo te encuentras?

LISARDO.—Bien.

LAURA.—¡Ah! ¿Pero está malo?

LEANDRO.—No lo está, gracias a mí; y conste que al habl así no habla el médico: habla el amigo; pero el amigo ve dad, no como otros que lo acuestan a las dos de la noche.

LEONARDO. *(Que momentos antes habrá aparecido en la*

gunda izquierda.)—Para que otros lo levanten a las seis de la mañana. *(Avanzando.)* Y ya podías haberme avisado que te levantabas.

LEANDRO.—¡Ah! ¿Pero te has vuelto a acostar?

LEONARDO.—Lo he acostado yo.

LEANDRO. *(Indignado.)*—¿Y tú lo has consentido? ¿Entonces yo aquí no soy nadie?

LISARDO.—Querido Leandro, no te excites: éste me acuesta a las dos de la noche y me sienta muy bien, y tú me levantas a las seis de la mañana y me sienta divinamente; éste no me deja fumar porque se preocupa de mis pulmones, y tú no me dejas comer porque te preocupas de mi estómago; y yo, encantado, porque gracias a vuestra amistad he simplificado mi vida: ni fumo, ni bebo, ni como, ni duermo.

LAURA.—Y te vas a tener que casar conmigo en artículo mortis.

LEANDRO.—Es que si yo aquí no soy nadie...

LISARDO. *(Tendiéndole el brazo.)*—Tú eres mi brazo derecho, querido Leandro.

LEONARDO.—Entonces, yo estoy demás.

LISARDO. *(Tendiéndole el otro brazo.)*—Tú eres mi brazo izquierdo, querido Leonardo. *(Aparte a él.)* (Soy zurdo.) *(Alto)* Y os suplico que os dejéis de rencillas y malquerencias; y si para ello es preciso que me someta a un nuevo régimen, ponerme el que os dé la gana. ¿Para qué estoy yo?

LAURA. *(Aparte.)*—(Para hacerte cisco.) *(Por el ventanal del foro asoma un* Mozo *del pueblo.)*

MOZO. *(Desde el ventanal.)*—¿Está aquí el señor dotor?

LEANDRO.—¿Qué pasa?

MOZO.—Que venga usté corriendo a casa de los de Tercero.

LISARDO.—¿Quién se ha puesto malo?

MOZO.—Ponerse mal, naide. Es que a Leoncio, el hijo segundo, ese de la cabeza un poco exagerá, le han tirao una piedra y le han abierto una brecha.

LAURA. *(Aparte.)*—(¡Mi madre! Con éste no han esperao a la noche.)

LEANDRO.—Pues voy ahora mismo.

LEONARDO.—Y yo también me voy; porque supongo que tendrás que vendarlo, y las vendas de cincuenta metros las tengo en la cueva.

LEANDRO.—Hasta luego.

LEONARDO.—Hasta la noche. *(Hacen mutis los dos por la puerta.)*

LAURA. *(Al Mozo.)*— Oye: ¿y es grande la herida?

MOZO.—Yo no se la he visto; pero he oído decir que se puede echar una carta por la ranura. *(Hace mutis.)*

LISARDO.—¡Pobre chico! *(Por la puerta entra* LUISA, *con trariada, nerviosa; viene quitándose el velo.)*

LUISA. *(Entrando.)*—¡Ay, Dios mío, qué disgusto! Por algo no quería yo que me acompañase.

LISARDO.—¿Qué?... ¿Te has enterado?... ¿Te habrás llevado un susto...?

LUISA.—Figúrate.

LAURA.—¿Pero le han atizao yendo contigo?

LUISA.—A poco de despedirse de mí; se internó en el callejón que hay detrás de la iglesia y sentimos un grito.

LISARDO.—¡Qué horror!

LUISA.—Una piedra, sin saber de dónde vino ni quién la tiró...; el hecho es que el pobre cayó al suelo como un ovillo.

LISARDO.—Pues llevamos un mes de piedras...; y todas las víctimas son los que se acercan a ti.

LAURA. *(Aparte.)*—(Aquí pasa algo raro, que yo he de averiguar.) *(Por la puerta-cancela entra* LIBRADA.)

LIBRADA. *(Entrando.)*—¡Señó! ¡Señó!

LISARDO.—¿Qué pasa?

LIBRADA.—El hijo del marqués de la Colmena que quiere hablar con la señorita.

LUISA.—¿Conmigo?

LISARDO.—Pero ese chico no está bien con su cabeza.

LAURA.—Sí que es valor.

LIBRADA. *(Viéndole entrar.)*—Ya está aquí. *(Por la puerta de la cancela entra el* MARQUESITO DE LA COLMENA, *que vestirá traje corriente del día; pero en vez de sombrero lleva en la cabeza un casco antiguo con la celada levantada.)*

MARQUESITO. *(Entrando.)*—Buenos días. Ya supondrán ustedes a lo que vengo.

LISARDO.—Nos lo suponemos y nos extraña. Venir a solicitar el amor de una joven con ese artefacto... Por lo visto es que a ti, como a tu padre, te preocupa la Edad Media.

LAURA.—Ca, no lo creas; a ese lo que le preocupa es la edad de piedra.

ACTO SEGUNDO

. misma decoración del acto anterior. Al levantarse el telón, es la sma hora, y los personajes están colocados lo mismo: Luis, por la rte afuera de la cancela; Luisa, por dentro, y Librada, que no será brada, sino Laura, con una peluca, unas gafas y el traje de Librada, giendo que duerme, sentada en el sillón. Para el público, ha de darse el efecto de que es Librada.

LUISA.—Hoy te tienes que ir, pero que en seguidita, porque mo es el santo de mi padre ya te puedes dar una idea; amacer y ser esta casa un jubileo va a ser la misma cosa: el édico, el boticario, mi tía Laura...

LUIS.—A propósito de tu tía, ¿es verdad que se ha dejao der que en vista de que se le han acabao los mozos de este pueo te los va a traer de los pueblos de al lao?

LUISA. *(Riendo.)*—Qué se yo; capaz es.

LUIS.—Pues lo que no sabe tu tía es que mozo que traiga, ıozo que no vuelve a su pueblo como no lo lleven en brazos, orque ya he tratao con Lino el cabrero que en vez de darles ı pedrá en la cabeza les dé en la rodilla, pero bien da, y como a sabes que Lino donde pone el ojo es como si pusiera una enda con árnica, ¡va a haber una de cojos que no van a dar basto los carpinteros haciendo muletas!

LUISA.—No, Luis, no; eso se ha acabao.

LUIS.—¿Que se ha acabao? Míralo paseando por allí enfrene, con la honda ceñía a la cintura esperando que le designe el ıgraciao. Ahora en vez de esperarme en el cortijo me acompaña toas las noches.

LUISA.—Pues te digo que se ha acabao, porque ya no es sospechen, es que to el pueblo cree que soy yo la causa. P poco, antes de venir tú, pasaron los mozos en ronda y un ellos cantó:

No le digas a la Luisa
que la quieres con firmeza,
que es lo mismo que buscarte
quebraderos de cabeza.

LUIS.—Pues como tu tía cumpla lo que ha dicho van a te que variar la coplita por esta otra:

Buscando a una moza vine
más bonita que la plata;
yo vine con buena estrell..
y me voy con mala pata.

LAURA. *(Levantándose quitándose la peluca y las gafas.* Que te crees tú eso.

LOS DOS. *(Asombrados.)*—¡Eh!

LUISA.—¡Tía Laura!

LAURA.—La misma. que viste y calza como Librada. ¿Qué creías que a mí me ibas a engañar como a los demás?

LUIS. *(Indignado.)*—Entonces esa vieja...

LAURA.—Esa vieja está en su cuarto esperándome envue en un salto de cama de mi pertenencia a cambio de esta r que le he quitado.

LUISA.—¿Pero le ha dado usted un salto?

LAURA.—A ella uno de crespón y a vosotros uno que por p os caeis redondos. Pero no perdamos tiempo: tú, pasa.

LUIS.—¿Eh?

LAURA.—Que pases, hombre. Anda, ábrele la cancela.

LUISA.—¿Pero y si salen?...

LAURA.—No tengas miedo, que no salen. Anda, abre. *(Lu coge la llave que estará colgada de un clavo en el testero de puerta y abre.* LUIS *entra.)*

LUIS. *(Entrando.)*—Aquí me tiene usted; pero tenga cuenta que está amaneciendo y yo debía de estar...

LAURA. *(Sin dejarle acabar.)*—Sí, lo sé; tú debías estar la cárcel en compañía de ese cabrero que te guarda las esp das; pero no te asustes, en esta ocasión en vez de encontrar con un juez te has encontrao con un cura.

LUIS.—¿Cómo?

LAURA.—Con un cura, que os va a casar pero que en segu dita.

LUISA.—¡Ay tía por Dios, no lo sueñe usted!

LUIS.—¡Casarnos nosotros!

LAURA.—Vosotros.

LUISA.—¿Pero no sabe usted que mi padre si se enterase que ablo con Luis?... Ve usted que me adora, pues sería capaz de na barbaridad.

LAURA.—Lo sé.

LUIS.—¿Y no sabe usted que el mío?...

LAURA. *(Sin dejarle acabar.)*—Que también te quiere con ocura, haría otra barbaridad... ¿Y qué? Eso me demuestra que son dos bárbaros, pero nada más.

LUISA.—¡Es mucho el odio que se tienen!

LUIS.—¡Un odio de muchos años!

LAURA.—Sí, lo sé. Tu padre radical; el de ésta conservador... Caciquismo, política. Pero no han contao conmigo, que soy una especie de delegao gubernativo; y si tú *(por Luisa)* en vez de guardarte el secreto me lo llegas a decir, a estas horas estás casada, y los mozos de este pueblo están con sombrero y no con esas vendas en la cabeza sujetas con el pañuelo, que el otro día llegó un forastero y se llevó un susto... Se creyó que se había equivocao de tren y que estaba en Calatorao.

LUIS. *(Con alegría.)*—¿De modo que usted cree que podrá conseguir?...

LAURA.—Yo os caso, no os quepa duda.

LUISA. *(Abrazándola.)*—¡Ay tía, usted es mi madre!

LAURA.—A eso tiro.

LUIS.—Bueno, ¿y qué tenemos que hacer para lograr esa felicidad?

LAURA.—Tú, por tu parte, no tienes que hacer más que llegarte mañana temprano a "Santa Laura".

LUIS.—¿A su cortijo?

LAURA.—A mi cortijo. Allí te espero yo, y nada más... Ah, como está lindando con el del padre de ésta procura entrar por la puerta que da a los encinares, porque eso sí, es necesario que nadie te vea entrar.

LUIS.—Descuide usted, que no me van a ver ni los pájaros.

LUISA.—Bueno, ¿y yo?

LAURA.—A ti tiempo me queda de decírtelo: así como así, hoy, por tratarse de ser el santo de Lisardo, me voy a pasar aquí todo el día con vosotros.

LUIS. *(Suspirando fuerte.)*—¡Ay, si usted lo lograse!

LAURA.—Bueno, no suspires así, que vas a despertar a la gente, y alza vete, que es muy tarde.

LUISA.—Sí, sí, vete, que ya es de día casi. *(En este momento entra por la puerta de la cancela* LINO *el cabrero todo alarmado.)*

LINO.—¡Señorito Luis!

LUIS.—¿Qué pasa?

LINO.—Su padre.

LUIS.—¡Mi padre!

LAURA.—¡Mi madre!

LUISA.—¿Pero qué dices?

LINO.—Lo que ustés oyen: don Ludovico, que está rondand la casa.

LUIS.—¿Pero estás seguro?

LAURA.—¿No te habrás confundido?

LINO.—¿Confundirme? ¡Si conoceré yo al amo! Es él e cuerpo y alma. Pa mí es que alguno le ha dao el soplo; habr entrao en su cuarto de osté, habrá visto que no está osté y s ha largao pa aquí haber si le pesca asté... Místele, místele ahora cruza por allí, por la esquina.

LUIS.—Sí, sí es él.

LINO. *(Apartándole.)*—¡Cuidao, no le vaya a guipar!

LUIS.—¿Y qué hacemos?

LINO.—Por aquí no nos podemos ir, porque yo conozco a st padre y es capaz de haberse traído el almuerzo en el bolsillo

LUISA.—¡Pues no digo nada si baja el mío!

LINO.—Yo creo que lo mejor es que la señorita ló esconda aquí, sea donde sea, hasta ver si...

LAURA.—Y qué necesidad hay de esconderle, a menos que hayáis tapiao la puerta del corral, y últimamente, tratándose de dos hombres, no les será tan difícil saltar por ellas.

LUISA.—Y no hay necesidad de que salten, porque la llave la deja Lamberto por las noches en la cocina.

LAURA.—Pues a la cocina, de la cocina al corral y del corral a tu cortijo, y mañana ya sabes...

LUIS.—Descuide usted, que antes me matan que faltar.

LAURA.—Pues hala, venir conmigo, y de paso que os echo me quito yo de encima esta ropa. *(Laura, Luis y Lino hacen mutis por la primera izquierda. Queda sola Luisa.)*

LUISA. *(Va al foro y descorre la cortina. Entra la claridad del día, que ya habrá abierto por completo. Después vuelve al proscenio.)*—¿Será posible que mi tía logre?... No lo creo... Sería demasiada felicidad... *(Acercándose a la izquierda.)* Ya deben haberse ido. Menos mal que Lamberto se marchó ayer tarde a avisar a la gente de "San Lisardo" y de la "Higuera" para que vinieran hoy de parte de mi padre para obsequiarles y seguramente volverá con ellos. La única que puede darse cuenta es Librada, y esa no importa. *(Por la primera izquierda vuelve a salir* LAURA, *ya vestida como en el primer acto.)*

LAURA. *(Saliendo.)*—Ea, ya se fueron los pájaros; ya he vuelto yo a ser quien soy, y aquí no ha pasado nada. *(Por la puerta cancela entra* DON LEANDRO *con morral, canana y escopeta.)*

LEANDRO. *(Entrando.)*—Salud y oxígeno.

LAURA. *(Aparte.)*—¡El doctor! Este viene a levantar a tu dre.

LEANDRO. *(A ellas.)*—¡Muy bien, muy bien! Veo que mi emplo cunde, y que ustedes, como casi todos los vecinos de ontefrío, abandonan la cama para disfrutar esta gloria de nbiente mañanero. ¿Lo que me extraña es que usted?... *(Por aura.)*

LAURA.—¿Verme aquí? Pues no le extrañe; teníamos que eocuparnos de ciertos detalles..., porque como hoy es el san- de Lisardo...

LEANDRO.—Lo se. ¡Cómo había de olvidar yo esta fecha sien- o el amigo verdad que tiene! Precisamente le traigo un re- uerdo... Nada, una insignificancia... Bueno, pero ante todo, dónde está Lisardo?... *(Alarmado.)* ¿Será capaz de estar to- avía en el lecho? Me daría un disgusto...

LAURA.—No, no, pues no se disguste, porque hace media hora ue se ha levantado y está en el cuarto de baño, ¿verdad?

LUISA.—Sí, sí, bañándose, afeitándose...

LEONARDO.—Un poco retrasado anda; pero, en fin, le dis- ulpo en gracia al día que es hoy.

LAURA. *(Queriendo variar de conversación.)*—¿Y qué? ¿A er si mata algo, eh?

LEANDRO.—Me ha dicho Perico que en la Dehesilla ha oído antar codornices y voy a ver si levanto un par de ellas.

LAURA.—Usted con tal de levantar...

LEANDRO.—Lo hago por pura higiene, amiga Laura. Un ra- ito cinegético es muy saludable: un paseo, ejercito los músculos, y de paso, si se da bien la cosa, cobro algo; después hago as visitas...

LAURA.—Y a seguir cobrando.

LEANDRO.—¡Qué remedio! No sólo de ciencia vive el hombre... Bueno, pues entonces me harán el favor de entregar a Lisardo en mi nombre este modesto presente. *(Entrega a Luisa un paquetito.)*

LUISA. *(Desenvolviéndolo.)*—¡Una corbata a listas blancas y negras!

LAURA.—¡Preciosísima!

LEANDRO.—La vi anteayer cuando estuve en la capital y la adquirí pensando en el día de hoy. Es la última moda parisina: ¡La corbata Josefina Baquer!

LUISA.—Muchas gracias en nombre de mi padre.

LEANDRO.—No las merece. Lo único que sí quiero es que se la ponga en seguida: es la mejor prueba de estimación que puede darme. ¡Ah, y dígale que en París no se lleva otra cosa!

LAURA.—Vaya usted descuidado, que se la pondrá; y no le

decimos que pase a apretársela usted mismo porque debe esta con el agua al cuello.

LEANDRO.—No le extrañe mi insistencia. Lisardo para mí e más que un hermano.

LUISA.—Y mi padre se llena la boca de decir que es uste uno de los mejores amigos.

LEANDRO.—¿Uno de los mejores? ¡El mejor! ¡El único! ¡E verdadero! Ese insensato de Leonardo es un cobista intolerable.

LAURA.—¿Pero no hicieron ustedes las paces el otro día?

LEANDRO.—¿Yo? ¿Pactar yo con esa mala bestia? Yo no puedo ser amigo de Leonardo.

LUISA.—No sea usted tan severo, doctor. El boticario es un hombre de ciencia y un buen amigo de mi padre.

LEANDRO.—Lo último lo dirá el tiempo y lo primero lo dirá el Colegio de Farmacia cuando yo le envíe mi protesta. ¡Es el único boticario que hace las píldoras cuadradas!

LAURA.—Es un invento suyo para que no rueden.

LEANDRO.—En fin, no me quiero exaltar. Voy a ver esas codornices y después a la visita.

LAURA.—Que mate usted mucho.

LEANDRO.—Se hará lo que se pueda. *(Marchándose.)* ¡Ah!, y encárguenle a Lisardo que haga las flexiones. Que no se abandone.

LUISA.—Descuide usted. *(Leandro hace mutis por la cancela.)*

LAURA.—Bueno, pero a tu padre, por lo visto, le han cogido el pan debajo del sobaco entre el médico y el boticario.

LUISA.—Ya lo conoce usted, mi padre no ha tenido nunca voluntad. Más de una vez le he dicho que tanto don Leandro como don Leonardo se meten demasiado en su vida privada; y lo peor es lo que lo que uno hace el otro lo deshace; pero por no disgustarles, como son tan buenos amigos...

LAURA.—Pero es que lo van a matar a fuerza de cuidados.

LUISA.—Pues todo es inútil; le digo a usted que no tiene voluntad. En lo único que lo demuestra es en el odio al padre de Luis. ¡Ah, si para todo fuese igual! *(Por la segunda derecha aparece* LISARDO. *Ahora sólo saca puesta la chaqueta del pijama, pero con pantalón y chaleco de vestir.)*

LISARDO. *(Saliendo.)*—¡Caramba, Laura! ¿Cómo tú tan temprano?

LAURA.—¿Te choca? Por lo visto no te acuerdas del día que es hoy.

LISARDO.—No he de acordarme: mi santo.

LAURA.—Pues he madrugado para ser la primera que te felicite.

LISA.—Y yo la segunda.
SARDO.—Gracias.
AURA.—Y que si no me doy prisa se me adelanta el médico.
SARDO.—¡Ah; ¿Pero ha estado ya aquí Leandro?
LISA.—Sí, a levantarte y a levantar dos codornices para te las estofen.
AURA.—El mejor día te estofa a ti también.
SARDO.—Ese Leandro..., es tan buen amigo.
AURA.—Mucho. ¡Ah, y te ha traído un regalo.
SARDO.—¿Un regalo?
LISA.—Sí, papá, una corbata; mírala. *(Dándosela.)*
AURA.—Por cierto que te la tienes que poner, porque si no a un ataque.
ISARDO. *(Riendo.)*—Es un chico. Y como después de todo i me da lo mismo..., voy a ponérmela. *(Se la pone.)* ¿Qué, vuelto ya de la "Higuera" Lamberto?
UISA.—Aun no. Ten en cuenta que antes tenía que llegarse San Lisardo".
ISARDO.—Sí, es verdad, y aunque haya salido al amanecer, la "Higuera" hasta aquí hay una buena longaniza.
UISA.—¿Vendrán Toñuelo y la Lutgarda?
ISARDO.—Ese es el recado que les envié: son dos de mis jores criados. Al casarse les hice capataces de la finca y se tan que todo lo que os diga es poco.
AURA.—Para ti todos son unos santos.
UISA.—¡Ah! Y anoche estuvo también el director de la ban- a preguntar a qué hora te parecería mejor para darte lo todos los años.
ISARDO.—Sí, para darme la murga. Es lo único que me mo- ta. Y si fuese una banda como ésta dice; pero son cuatro dichados con un repertorio callejero de lo más antiguo.
AURA.—Si quieres le diremos que toquen *La Villana.*
ISARDO.—Lo que quisiera es que no viniesen: gustoso les ría el doble de lo que les voy a dar con tal de que se queda- n en sus casas o que tocasen en las afueras.
LAURA.—Pues eso tiene fácil arreglo: en decirles que el mé- o o el boticario...
LUISA. *(Mirando a la derecha.)*—¡El boticario!
LAURA.—O el médico.
LUISA.—¡Digo que viene el boticario!
LAURA.—Pues como te coja, te acuesta.
LUISA.—Métete dentro; le diremos que estás durmiendo.
LISARDO.—Pero siendo hoy San Lisardo...
LAURA.—Ese acuesta a todo el Santoral.
LUISA.—Pronto, que llega. *(Lisardo se mete en la primera quierda. Por la derecha, o sea por la puerta-cancela, entra*

DON LEONARDO, *en traje de pescador, con caña, zurrón, Entra de puntillas y habla en voz baja.)*

LEONARDO.—Buenos días. Supongo que ése estará durmie

LAURA.—Hecho un tronco; y no se esfuerce en hablar b porque no lo despierta ni un cañonazo.

LUISA.—¡Si viera usted cómo ronca!

LEONARDO.—Eso es bueno; para Lisardo, el reposo es m vida.

LAURA. *(Queriendo, como antes, variar de conversación)* Y qué, ¿va usted de pesca?

LEONARDO.—Voy a ver si atrapo un par de truchas, que que Lisardo se muere por ellas.

LUISA.—Sí, es verdad. Pero me pareció oirle ayer al méc que no se pesca ninguna.

LEONARDO. *(Despectivo.)*—El médico no sabe lo que se pes No entiende una palabra de eso, a pesar de ser un atún.

LAURA.—¡Por Dios, no sea usted agresivo!

LEONARDO.—Más agresivo es él, que es médico. Y no hal mos de esto, porque si me pongo nervioso, en vez de pes voy a parecer que estoy dirigiendo un fox-trot. ¿Ustedes rían tan amables que le entregasen, cuando se levante, este significante recuerdo mío en su fiesta onomástica? *(Les da paquetito.)*

LUISA.—No faltaba más.

LAURA.—¿Se puede ver?

LEONARDO.—Claro que sí. *(Luisa lo desenvuelve y saca u corbata exactamente igual que la anterior.)*

LAURA.—¡Una corbata!

LUISA. *(Sin darse cuenta.)*—¡Igual que la otra!

LEONARDO.—¿Cómo?

LUISA.—Igual que la otra vez. Si no estoy equivocada, el a pasado le trajo usted también una corbata.

LEONARDO.—Exactamente; la corbata es mi regalo. No r gusta coincidir con nadie. El otro día estuve en la capital me apresuré a adquirirla; es la moda italiana: corbata M solini.

LAURA.—Es preciosa.

LUISA.—Se la pondrá en seguida.

LEONARDO.—¡Ah, en eso sí que no transijo! Si no se la ve puesta me llevo un disgusto enorme. Conque hasta luego, y r se les olvide decirle que en Italia no se lleva otra cosa.

LAURA.—Vaya usted tranquilo, y que piquen. *(Cuando de aparece Leonardo, Luisa se dirige a la primera izquierda dice.)*

LUISA.—Ya puedes salir.

LISARDO. *(Saliendo.)*—¿Se fué?

LAURA.—Sí. Va a pescarte dos truchas, que dice que te mueres por ellas.

LISARDO.—Si no me muero, por lo menos, me pongo muy grave, porque la última que me trajo, y que me comí por no disgustarle, me sentó como un tiro.

LUISA.—Además, te ha traído un regalo.

LISARDO.—¿Ah, sí?

LAURA.—Una corbata, que si no te la pones ya puedes figurarte.

LISARDO.—¡Caramba, qué contrariedad. Voy a tener que mudarme de corbata a cada momento.

LUISA.—No te preocupes, papá, porque fíjate. *(Se la enseña.)*

LISARDO.—¡Igual!

LAURA.—En Italia no se lleva otra cosa.

LISARDO.—Menos mal; con ésta *(Por la que lleva puesta.)*, estoy cumplido con los dos; porque yo creo que no les habrán hecho ninguna señal.

LUISA. *(Riendo.)*—No te alarmes. Bueno; voy allá dentro, a ver cómo lleva Librada los desayunos y, sobre todo, a hacer los preparativos para la comida.

LISARDO.—Sí, sí; no dejes de estar encima, porque la pobre Librada está para pocos trotes.

LUISA.—Descuida. *(Hace mutis primera izquierda. Quedan solos Laura y Lisardo.)*

LAURA. *(Con coquetería.)*—Conque San Lisardo, ¿eh?

LISARDO.—San Lisardo.

LAURA.—Y, con el de hoy, llevas cuarenta y cinco santos.

LISARDO.—Cuarenta y cinco santos.

LAURA.—Una procesión.

LISARDO. *(Riendo.)*—Efectivamente.

LAURA.—Ahora, que como la procesión, para mí, anda por dentro, te advierto que al santo número cuarenta y seis no le dejo salir de la iglesia, si antes no hemos entrado tú y yo, juntos y del brazo.

LISARDO.—¡Siempre estás con lo mismo! No sabes que antes...

LAURA. *(Sin dejarle acabar.)*—No me lo digas, porque sé lo que hay que hacer antes.

LISARDO.—Una sola cosa.

LAURA.—Dos. Casar a tu hija y echar a la calle al médico y al boticario; pero no te preocupes, que eso también corre de mi cuenta.

LISARDO.—¿Corre?

LAURA.—Sí, hombre, sí; corre. Corre mucha prisa librarte de esos dos pelmas que se han adueñado de tu voluntad hasta

el extremo de que aquí no se hace más que lo que dispone ellos.

LISARDO.—Pero, mujer, ponte en mi caso.

LAURA.—¿Que me ponga?... ¡Ca, hombre! Pues no aprecio mucho mi vida, para ponerme en tu caso. Eso de que, con el achaque de velar por tu salud, te utilicen para sus experimentos científicos...

LISARDO.—Verdaderamente, más que un amigo, parezco un conejo de Indias.

LAURA.—Y tan conejo. Nada, nada; esos dos, que se dediquen a diezmar el pueblo, y a ti te llevo yo a Granada, o a Madrid o adonde sea preciso, y que te vea un buen médico, y así sabremos lo que tienes.

LISARDO.—Trabajo inútil.

LAURA.—¿Por qué?

LISARDO.—Si me prometes guardarme el secreto, te lo digo.

LAURA.—¡Me asustas!

LISARDO.—Oyeme, y olvida lo que voy a decirte, si no quieres que Leandro y Leonardo se mueran de pena.

LAURA.—Acaba de una vez.

LISARDO.—Yo, querida Laura, gracias a Dios, tengo una salud a prueba de amigos.

LAURA.—¿Pero no te duele el estómago?

LISARDO.—Mi estómago, salvo las truchas, digiere piedras; del hígado puedo decirte que estoy orgullosísimo, y las demás vísceras, incluyendo la cardíaca, me están dando un resultado asombroso.

LAURA.—Entonces, esos miserables tiran a matarte.

LISARDO.—Tiran el uno al otro, pero me han cogido a mí en medio. Cada uno de ellos se hace la ilusión de que, gracias a su regimen, estoy cada día mejor, y yo...

LAURA.—Tú serías capaz, por no decir nada, de enfermar de verdad, y en ese caso la que salía perdiendo era una servidora... Nada, nada; a esos te los sacudo yo, pero en seguida. *(Con coquetería.)* Bueno, y a todo esto no te se ha ocurrido preguntarme qué regalo te he traído.

LISARDO.—Tú estás cumplida; tú, casi se puede decir que eres de casa.

LAURA.—Sí; pero es el caso que yo me he propuesto suprimir el casi, y lo suprimo, vaya si lo suprimo. *(Con más coquetería y llevándose la mano al pecho.)* Anda, cierra los ojos un momento.

LISARDO.—¿Qué vas a hacer?

LAURA.—A sacar del "secreter" el regalo... Pero no vayas a abrirlos con disimulo, que a mí no me engañas; tú, parece

ie no has roto un plato en tu vida; pero has hecho cisco las peras.

LISARDO. *(Animándose.)*—Te acuerdas de aquella tarde que subiste al moral y yo te estaba mirando...

LAURA.—Que cierres los ojos te digo.

LISARDO.—Cerrados. *(Los cierra.)*

LAURA.—Pero no como la tarde aquella del moral.

LISARDO.—¿Quieres el pañuelo y me vendas?

LAURA.—No. ¿Para que, si es un momentito? *(Se mete la mano en el pecho y saca un papel de seda, con un objeto envuelto en él.)* ¿Ves? Ya está.

LISARDO.—Veamos qué guardabas en el "secreter".

LAURA. *(Desenvolviendolo.)*—Míralo.

LISARDO.—¿Una pulsera?

LAURA.—Sí, hijo, sí; la pulsera de pedido. Aquí lo tengo que hacer yo todo. Además, no te asombre, porque hoy la llevan casi todos los hombres. Anda, alárgame la muñeca, que te la pondré yo misma.

LISARDO. *(Alargandole el brazo izquierdo.)*—Ahí va.

LAURA. *(Poniéndosela.)*—Ya supondrás que es de oro de diez y ocho. Yo quería regalártela de pelo de elefante, que dicen que da la buena sombra; pero en ninguna parte las había. No sé qué pasa ahora con los elefantes; se conoce que están en la muda.

LISARDO.—Eres irresistible.

LAURA.—Soy viuda, que es peor. *(Por la puerta de la cancela entra* LAMBERTO; *cojea muchisimo más que en el acto primero, hasta el punto de que para andar se apoya en una cayada. Poco después entra* LUTGARDA, *mujer del campo, guapa, aunque un poco ajamonada, que saca una cesta llena de pimientos morrones.)*

LAMBERTO. *(Entrando.)*—Buenos días, señor amo y la compaña. Felicidades, y que vea osté muchos santos con salú.

LISARDO.—Gracias, Lamberto, gracias. ¿Pero qué es eso? ¿No estás mejor del pie? Ya comprendo: la caminata que te has dado hasta "La Higuera".

LAMBERTO.—Ca; no, señor: eso me lo ando yo sin sentir. Es el dichoso callo.

LAURA.—¿Pero no estás mejor?

LAMBERTO.—Según el boticario, sí, señora. Dice que está ya para caerse de un momento a otro,

LISARDO.—Lo malo será que se caiga con pie y todo.

LAMBERTO.—Mucho me lo temo. *(Mirando a la puerta.)* ¿Qué haces ahí? Pasa, mujer, pasa.

LUTGARDA. *(Entrando.)*—Con el permiso. Felicidades, señor amo.

LISARDO.—¡Hola,, Lutgarda! ¿Pero vienes sola? ¿Y tu n rido?

LUTGARDA.—Pues ahí ve usté; el probe Toñuelo, que no qu ser bueno.

LAURA.—¿Qué le pasa?

LUTGARDA.—El ruma, que le ha atacao en un brazo y es en un dolor continuo.

LISARDO.—¿Y no lo ve nadie?

LUTGARDA.—Don Leonardo, el boticario, que le disting mucho: va alguna tarde que otra.

LAURA.—¿Y qué dice don Leonardo?

LUTGARDA.—Le ha llevao un específico que creo que es i vención suya, y que se lo doy en friegas.

LISARDO.—¿Y le notas mejoría?

LUTGARDA.—Le noto que se le hincha más; pero don Leona do dice que eso es bueno.

LAMBERTO.—A ése le ha dao pa el brazo lo que a mí pa el pi

LAURA. *(Con intención.)*—Me han dicho que el boticario v muy a menudo a veros.

LUTGARDA.—Y más iría; pero "La Higuera" está algo r tirá y se necesita hacer intención pa ir.

LISARDO.—Es la finca que tengo más lejos del pueblo.

LUTGARDA.—Osté no pue darse una idea de lo que ha senti Toñuelo no poder venir a visitarle.

LISARDO.—No faltaba más; estando enfermo...

LUTGARDA.—Es que mi marío le quiere a osté a cegar, cuando por mediación del boticario nos casó osté...

LISARDO.—Y que tenía un empeño loco en casarte.

LUTGARDA.—Ley que me tiene. Pues, como le iba diciendo cuando nos casó osté y nos quitó de "San Lisardo" pa llevar nos allí de encargaos...

LISARDO.—Que también me lo pidió Leonardo.

LAURA.—Ley que les tiene.

LUTGARDA.—Sí, señora, sí.

LAURA.—¿De modo que lleváis mucho tiempo en la finca.

LUTGARDA.—A ver. Mi marío está en "La Higuera" desd que nos casamos.

LAURA.—Sí; eso dice el boticario.

LISARDO.—¿Y qué traes en esa cesta?

LUTGARDA.—Una insinificancia. ¿Qué podemos traerle al am que no tenga?

LAURA.—Parecen pimientos.

LUTGARDA.—Sí, señora; pimientos morrones. Son tempraneros, y como hermosos, no nacen mejor en to el pago de Montefrío.

ISARDO.—Sí que son hermosos, sí. Pues nada, déjalos ahí, gracias por la atención.

UTGARDA. *(Dejando la cesta sobre una silla.)*—To lo que y allí es del amo.

ISARDO.—Y ahora vete a la cocina, y la señorita Luisa te á unas golosinas y unas pesetas, y vuélvete en seguida a finca, que no está bien que esté tu marido solo, estando como á.

UTGARDA.—¡Cuánto se lo agradezco!

LISARDO.—Pasa, pasa.

LUTGARDA.—Con el permiso. *(Entra primera izquierda.)*

LISARDO.—Y tú, Lamberto, mira a ver si consigues dar con maestro de la banda, y dile de mi parte que venga a verme; ro solo, ¿eh?

LAMBERTO. *(Haciendo mutis.)*—Está bien.

LISARDO.—Voy a suplicarle que no me amenice el santo; que nga, si quiere, con los músicos y que coman y beban todo lo e quieran.

LAURA.—Sobre todo, que beban.

LISARDO.—Eso: que soplen, pero que no soplen. *(Por la ierta de la cancela asoma la cabeza* LEONCIO, *que la llevará ndada. Mira con temor y pregunta con cierto miedo.)*

LEONCIO.—¿Se puede?

LISARDO.—¿Eres tú, Leoncio?

LAURA.—Pasa, rico, pasa.

LEONCIO.—¿Están ustedes solos?

LISARDO.—Ya lo ves.

LEONCIO.—¿Y tienen la seguridad de que no saldrá Luisa?

LISARDO.—¿A qué viene esa pregunta?

LEONCIO.—No lo sé; pero mi madre me ha dicho que si la ía aquí o me la encontraba, que saliese corriendo pa casa.

LAURA.—Pues no tengas miedo, porque está en la cocina dis- oniendo la comida.

LEONCIO.—Siendo así... *(Pasa con miedo.)*

LISARDO.—Y qué, ¿estás ya bien de la cabeza?

LEONCIO.—Muy mejorao, sí, señor. Se pue decir que fué una edrá con suerte; porque si, como me pilló de refilón, me pilla e lleno, pues a estas horas que no lo cuento.

LAURA.—En eso tienes razón, hijo; porque yo vi la piedra y ra imponente. Si te ocurre en Egipto, crees que te han tirado na pirámide.

LISARDO.—¡Pobre Leoncio!

LEONCIO.—Bueno; pues a lo que vengo. Mi padre me ha en- argao que le felicite a usted calurosamente, en nombre de os los de casa, y al mismo tiempo le ruega que acepte este oazo de brevas. *(Se lo da.)*

LISARDO.—¡Pero, por Dios! ¿Por qué se ha molestado?

LEONCIO.—Son habanos, que se los mandan a él de Canaria

LISARDO.—Pues dale mis más expresivas gracias, y sient no poder corresponder, así de momento, a su fineza... Porqu ¿qué puedo yo ofrecerle que él no tenga?

LAURA.—¿Por qué no le das dos morrones?

LISARDO.—Quizá le hagan daño. Como está tan delicado d estómago.

LEONCIO.—No se preocupe usted; con nosotros está cumplid

LISARDO.—Pues nada, que te pongas del todo bueno, y n dejes de venir por aquí. ¡Parece mentira! Te has hecho ya l que se dice un hombre. ¡Yo que te he visto nacer!

LEONCIO.—¿Cómo corre el tiempo, verdad?

LISARDO.—Sí, hijo, sí; cómo corre. *(Por la izquierda sal* LUISA, *y al verla, Leoncio sale huyendo como alma que lleva e diablo.)*

LUISA.—¡Padre!

LISARDO. *(Fijándose en la derecha.)*—¡Cómo corre!

LAURA.—¡Es un Bugatti!

LUISA.—¿Pero qué están ustedes mirando?

LISARDO.—A Leoncio, que al verte ha salido huyendo, qu milagro será que no se estrelle.

LUISA.—Bueno; a Lutgarda ya la he aprovisionado de tod y, si no la necesitas, se vuelve a la finca. (LUTGARDA sale co *varios paquetes.)*

LISARDO.—No, nada.

LUTGARDA.—¡Esta señorita Luisa!... Me ha atiborrao d tóo y, además, me ha dao cinco duros.

LAURA.—¡Si todos los días fueran San Lisardos, ¿eh?

LUTGARDA.—Que celebre muchos con salú es menester, y puesto que no hago falta, me voy pa allá.

LISARDO.—Anda con Dios. ¡Ah! Oye: puesto que vas a "La Higuera", toma estas dos brevas para tu marido. Dile que se las fume de mi parte.

LUTGARDA.—¡Pero esto ya es demasiao!

LISARDO.—Anda, anda. *(Lutgarda hace mutis por la derecha.)*

LUISA.—Bueno; y ahora, entrar a desayunarse; me parece que ya es hora.

LISARDO.—¿Y por qué no desayunamos aquí?

LUISA.—No he querido que los sirva Librada, porque como a cada momento está viniendo gente, no van a desayunar tranquilos.

LAURA.—En eso tiene ésta razón: mejor es dentro. Anda, vamos; de paso, le diré a Librada lo que me tiene que prepa-

ar para el postre de dulce que voy a hacer. Os vais a chupar os dedos.

LISARDO.—¡Ah, pero también sabes hacer dulces de cocina!

LAURA.—El día que yo entre aquí, para no salir, ya verás. Te vas a creer que te has mudado a la Mallorquina. *(Hacen mutis los tres por la primera izquierda. Por la derecha sale* LAMBERTO, *como siempre, cojeando y apoyado en la cayada.)*

LAMBERTO.—¡Dichoso músico! Me ha hecho correr to el pueblo, de punta a punta, y no he podío echarle la vista encima. El del estanco me ha dicho que los vió a tos camino de las eras; se conoce que se han ido allí a ensayar. Luego me daré otra vuelta. *(Por la puerta-cancela entra* LUDOVICO, *de unos cincuenta años. Lleva corbata de chalina, sombrero de grandes alas y un poco descuidado en el vestir, sin que por ello pueda decirse que sale pobre o sucio. Sus modales son violentos y nerviosos.)*

LUDOVICO. *(Entrando.)*—Oye, esbirro.

LAMBERTO. *(Asombrado.)*—¡Atiza, don Ludovico!

LUDOVICO.—Dile al inquisidor de tu amo que salga.

LAMBERTO.—¿Mi amo, inquisidor?

LUDOVICO.—Tu amo, un inquisidor; y los que estáis a su alrededor, unos mercenarios. ¿Me oyes? De modo que entra, porque me quema este suelo que piso. *(Más indignado.)* ¡Quién me iba a decir a mí... ¿Entras o no entras?

LAMBERTO.—Es que pue que esté durmiendo.

LUDOVICO.—Pues si está durmiendo lo despiertas, y si tú no lo haces, lo despertaré yo a tiros. ¿Me entiendes, idiota?

LAMBERTO.—Sí, señor, sí.

LUDOVICO.—Pues hala, si no quieres que te largue un par de chuletas. *(Le amenaza.)*

LAMBERTO.—No, gracias; no. De mañana no me sienta bien la carne. *(Haciendo mutis por la primera izquierda.)* ¿Qué ocurrirá? Es la primera vez que entra aquí.

LUDOVICO. *(Hablando consigo mismo.)*—¡Yo! ¡Ludovico Huerta, haciendo antesala en este antro! ¡Yo, manchando mis zapatos con el polvo de esta zahurda! ¡Yo, esperando a ese fetiche! ¡Yo, poniendo un punto negro en mi historia política, por culpa de!... ¡Si me viese algún correligionario!... *(Sale* LISARDO *por la primera izquierda. Saca puesta la servilleta al cuello.)*

LISARDO.—Pero si no es posible que sea... *(Viéndolo.)* ¡Tú! ¡Ludovico Huerta, en mi casa!

LUDOVICO.—Yo, Lisardo León. Yo, que he venido a mancharme de fango en esta cloaca.

LISARDO.—¿Cloaca esta mansión de mis antepasados?

LUDOVICO.—Te atreves a llamar mansión a esta guarida de reaccionarios.

LISARDO.—Acabemos. ¿A qué vienes?

LUDOVICO.—Vengo... No sé cómo decírtelo; la indignación ahoga mis palabras: me da vergüenza hablar mano a mano con un cacique de tan baja esfera como tú.

LISARDO.—Termina. ¿Qué es lo que buscas aquí?

LUDOVICO.—Busco a mi hijo.

LISARDO.—¿Qué dices? ¿Hasta dónde llega tu perturbación! ¿Tu hijo, aquí? ¡En mi casa!

LUDOVICO.—En tu casa, sí. Oyeme, retrógado. Hasta mí ha llegado el rumor de que mi Luis corteja a tu hija, y que, para evitar ser vistos, se hablan durante las altas horas de la noche...

LISARDO.—¡Jesús, Jesús!

LUDOVICO.—Y anoche, cuando me di cuenta de que no estaba en el cortijo, vine hacia aquí, y no sé, no sé; pero juraría que le vi ahí, detrás de esa cancela, y luego entrar aquí.

LISARDO.—Mientes.

LUDOVICO.—¡Lisardo!

LISARDO.—Te digo que mientes. Siempre has sido un cerebro exaltado; pero ahora estás en plena locura. Dame una seguridad de que lo que dices no es una visión tuya.

LUDOVICO.—Pues si yo tuviese la seguridad, ¿crees que hubiese entrado aquí en esta actitud pacífica y caballerosa? No, Lisardo, no; yo le hubiera pegado fuego al edificio, esperando con alegría que se derrumbase, para entrar después a revolver los escombros, por si tú o alguno de los tuyos alentaba aún, rematarlo y marcharme satisfecho, al ver que había purificado el pueblo haciendo desaparecer esta mansión inquisitorial.

LISARDO.—Repito que estás loco. Mi hija lleva mi sangre, y antes de poner los ojos en tu hijo se los arrancaría.

LUDOVICO.—Es que si mi hijo los ha puesto en ella, de ella será la culpa, que lo habrá engatusado. ¿te enteras? Porque mi hijo lleva mi apellido, es sangre de mi sangre y carne de mis carnes...

LISARDO.—Esas son coplas. Tu hijo es un demagogo como tú, capaz de todo...

LUDOVICO.—Lisardo, enjuágate la boca para hablar de mi hijo.

LISARDO.—Y tú quítate el sombrero cuando nombres a mi hija.

LUDOVICO.—¿Descubrirme yo aquí, en esta pagoda de la hipocresía y del chanchullo? No, Lisardo; ya pasaron aquellos

pos en qué eras amo y señor de Montefrío; ya no hay
.s que romper ni muertos que levantar.
SARDO.—¡Calla, sacrílego!
JDOVICO.—Sacrílego tú que los levantabas, y que no te
ɔrdía la conciencia. Para ti, levantar un muerto era cosa
uego. Y gracias a esas indignas martingalas, desde hace
ro generaciones veníais logrando para vosotros un asiento
l Congreso: ayer, Esteban León; luego, José León; más
e, Santiago León, y, por último, tú, Lisardo León. ¿Y todo
ı qué? ¿Qué habéis hecho los Leones en el Congreso?
ISARDO. *(Cada vez más exaltado.)*—¡Vete, vete!
UDOVICO.—Sí, me voy; pero óyelo bien: si los rumores fue-
ciertos... no te hagas ilusiones; si se muere por él, que se
ra.
ISARDO.—Eso te digo yo a ti: si se muere por ella, que se
:ra.
UDOVICO.—Antes lo cuelgo de un árbol.
ISARDO.—Antes la encierro en un convento.
UDOVICO.—Adiós; pero aguarda: me voy a sacudir el pol-
(Saca el pañuelo y sacude con él la suela de los zapatos.)
ISARDO.—¡Descamisado! ¡Soviético!
UDOVICO.—¡Reaccionario! ¡Farsante! ¡Uf, qué asco! *(Es-
e y sale como un rayo.)*
ISARDO. *(En una exaltación nerviosa y paseando como un
).)*—¡Canalla! ¡Miserable! ¡Ay, a mí me va a dar algo!
'amando.)* ¡Luisa! ¡Laura!... No sé, no sé cómo he podido
tenerme... ¡Laura! ¡Luisa!... ¡Lamberto!... *(Salen los tres
la primera izquierda.)*
LUISA.—¿Qué te ocurre?
LAURA.—¿Pero por qué das esas voces?
LISARDO. *(Tendiéndoles las manos.)*—Mirar, mirar cómo es-
: el corazón me salta, los pulsos me estallan, los pies me
lan. *(Mirando a la derecha.)* ¡Bandido y cien veces bandido!
LAMBERTO.—Ya me presumía yo que no vendría a na bueno.
LAURA.—Por lo visto se trata de la visita de Ludovico.
LISARDO.—De ese Robespierre de guardarropía, que ha ve-
lo a verter en esta honrada vivienda su baba emponzoñada.
preciso desinfectarlo todo... Las paredes, los muebles, el
e, todo.
LUISA.—Bueno; pero tranquilízate, papá.
LISARDO.—¿Que me tranquilice? ¿Pero tú sabes lo que ha
nido a decirme?
LUISA.—Qué sé yo.
LISARDO.—Pues ha venido a decirme... *(Vacila.)* Pero an-
s ven. *(La coge de una mano.)* Di que es verdad que me
ieres; di que es verdad que me amas...

LAURA.—No le cantes ahora a la chica, hombre.

LISARDO.—No es mal cantar. Ha venido a decirme qu hijo y tú os queréis y os habláis a altas horas de la no Excuso decirte el efecto que me hizo. ¡Una León en relaci con un Huerta! Ni los Huertas podían llegar a más, ni Leones a menos.

LAURA.—Eso es un infundio que se le ha ocurrido p amargarte el santo.

LUISA.—Cómo puedes creer que yo...

LISARDO.—Pues lo ha conseguido, porque ya lo veis: es que me ahogo.

LUISA. *(A Lamberto.)*—Tú te debiste negar a pasar el cado.

LAMBERTO.—Y qué iba a hacer yo, señorita, si me amen con darme dos chuletas.

LAURA.—Y hay que ver lo que son dos chuletas de Huert Con lo bruto que es.

LISARDO.—¡Ay! Agua, darme un sorbo de agua.

LAMBERTO.—Escapao. *(Entra primera izquierda, y sale pués con un vaso de agua.)*

LUISA.—¡Por Dios, tranquilízate, papá!

LAURA.—¿No te mejoras? *(Un momento antes habrá trado por la puerta de la cancela* LEANDRO, *de cazador co antes, y al oír las frases de ellas avanza ansioso al grupo.)*

LEANDRO.—¿Qué es lo que oigo? ¿Tú enfermo?

LISARDO.—Yo, que si no me da una congestión será un lagro.

LEANDRO.—A ver, a ver. *(Cogiendo el pulso.)* ¿Has com alguna de las cosas que yo te tengo prohibidas?

LUISA.—Nada, no se ha tomado nada.

LAURA.—Se ha tomado un berrinche y nada más.

LEANDRO.—¡Qué barbaridad, qué pulso!

LISARDO.—Ya te lo decía.

LAMBERTO. *(Entrando en escena.)*—El agua.

LEANDRO.—Nada de agua; éste lo que necesita es...; hág me el favor. *(Le da la escopeta a Laura.)* Tú *(A Luisa.)*, te me esto. *(Le da el zurrón, y saca del bolsillo una estilográ ca y un "blok" pequeño, y escribe sobre la mesa rápidament* ¡Ajajá! A la segunda cucharada que te tomes te tranquiliz rás por completo... Ahora que hoy no puedes comer nada todo el día.

LISARDO.—¿Que no puedo?...

LEANDRO.—Prohibido en absoluto. Tú, Lamberto, llégate seguida a la botica; pero a ésta no, a la del pueblo de al lad y que te despachen esa fórmula en seguida. *(Le da la receto*

LAMBERTO.—¿A la del pueblo de al lado?

LAURA.—Mire usted que hay ocho kilómetros, y mientras va viene...

LAMBERTO.—Y conforme tengo yo la pierna.

LEANDRO.—Sí, es verdad... En fin, por una vez transigiré; ero adviértale que antes lo voy a probar yo. Anda.

LAMBERTO. *(Haciendo mutis.)*—En seguida estoy aquí.

LEANDRO.—¡Ah! Yo hubiera querido traerte un par de cornices; pero ni el recaudador de contribuciones, que venía onmigo, ni yo, hemos podido cobrar nada.

LAURA.—Es raro que el recaudador no haya cobrado, porque s una buena escopeta.

LEANDRO.—Días que se dan malos. Ya veo que te has puesto ni corbata: no sabes lo que te agradezco esa prueba de amistad. En París no se lleva otra cosa. Tranquilízate y no te alarmes. ¿Para qué estoy yo aquí? Hasta en seguida *(Coge la escopeta y el morral y hace mutis por la puerta.)*

LUISA.—¿Qué? ¿Te encuentras mejor?

LISARDO.—Algo me voy tranquilizando; pero ya habéis oído a Leandro: prohibido comer; figuraos el santo que voy a pasar.

LAURA.—¿Tú tienes apetito?

LISARDO.—Que se pueda llamar canino, no; pero de aquí a la hora de la comida seguramente lo tendré.

LAURA.—Pues si tienes ganas de comer, comes.

LISARDO.—Pero cómo como, si ya habéis oído también que Leandro no se va apartar de mí en todo el día.

LUISA.—En un momento que salga a cualquier cosa: no va a estar aquí constantemente.

LAURA.—En un momento, no: a su hora y con todos nosotros; no faltaba más. *(Por la puerta entra alarmado* LEONARDO. *En una mano saca un frasco, no muy grande, y en la otra, un tubo de comprimidos; le sigue* LAMBERTO.)

LEONARDO.—¡Pero qué es lo que me dice Lamberto! ¡Tú enfermo!

LISARDO.—Un disgusto enorme que me ha producido una gran excitación; pero ya parece que voy mejor.

LEONARDO.—Bueno; pues yo, porque no digan, te traigo la fórmula de ese matasanos; pero si quieres hacerme caso, no la tomes. Esto *(Por el frasco.)* y nada es nada. *(Lo deja sobre la mesa.)* Para la excitación te aconsejo dos comprimidos de los que contiene este tubo, que son la panacea de los nervios; a ver, a ver, dame el pulso. *(Lisardo se lo da.)* Sí, sí. aún está algo excitado. ¡Pobre amigo mío! Nada, nada, déjate de mixturas y tómate dos comprimidos, y sobre todo nada que te oprima; desabróchate ese cuello... ¡Hombre! Veo que

te has puesto mi corbata; no sabes lo que te agradezco esa prueba de amistad. ¿Te ha gustado?

LISARDO.—Muchísimo.

LEONARDO.—En Italia no se lleva otra cosa.

LUISA.—Bueno; ¿pero qué es lo que va a tomar por fin?

LEONARDO.—Lo mío.

LISARDO.—Si te parece me tomaré una cucharada del frasco y un comprimido del tubo; puesto que las dos cosas son para lo mismo no creo que me perjudique.

LEONARDO.—No, señor; tú te tomas los comprimidos. *(Momentos antes ha entrado* LEANDRO, *ya sin escopeta y morral, y dice al avanzar.)*

LEANDRO.—Este se toma lo que yo he recetado porque para algo soy el médico de cabecera.

LEONARDO.—Y yo digo que se toma los comprimidos, que están muy por encima de esa fórmula anticuada e inútil.

LEANDRO. *(Más fuerte.)*—Se toma la cucharada.

LEONARDO. *(Idem.)*—Se toma el comprimido.

LISARDO.—Lo que me voy a tomar es otro disgusto como sigáis así.

LAURA. *(Imponiéndose.)*—Basta; esto lo arreglo yo en seguida. Usted *(Al doctor.)*, hágame el favor del frasco.

LEANDRO. *(Dándole el frasco y con alegría.)*—Claro, usted es una mujer de gran talento.

LAURA. *(A Leonardo.)*—Usted, deme ese tubo.

LEONARDO. *(Dándoselo también con alegría.)*—Ya me extrañaba a mí.

LAURA. *(A Lamberto.)*—Tú, toma, tira estas dos cosas en el corral.

LEONARDO y LEANDRO.—¿Eh?

LAURA.—Que las tires; y le dices a Librada que prepare tres tazas de tila.

LEANDRO.—¿Tres?

LAURA.—Una para él y dos para mí, porque me ha puesto entre los dos que no les echo porque me figuro que se irán ustedes.

LEONARDO.—¿Oyes esto, Lisardo?

LISARDO.—Oigo, pero no me percato.

LEANDRO.—¿Pero no te das cuenta de que en tu propia casa y en tu presencia nos están vejando?

LEONARDO.—Esa es la palabra, vejando.

LAURA.—Sí, señores, vejando. Conque arreando.

LEONARDO.—¿Lo oyes? Nos echa como si fuéramos unas caballerías.

LEANDRO.—¡Y quién nos echa! Esta señora, cuyos pies desde este momento dejo de besar.

LEONARDO.—Como yo; desde este momento jamás estaré a los pies de usted.

LAURA.—De lo cual me felicito, porque para verme como ese infeliz. *(Por Lamberto.)*

LEANDRO.—Esto ya es intolerable.

LEONARDO.—Se burla de nuestra ciencia.

LEANDRO.—Y de nuestro afecto.

LEONARDO.—La ofensa que le ha hecho a usted en su fórmula es intolerable.

LEANDRO.—Como la que le ha heecho a usted en el comprimido.

LEONARDO.—Supongo que ante el silencio de este egoísta sabrá usted, mi querido don Leandro, lo que nos toca hacer.

LEANDRO.—Abandonar esta casa y no volver más a ella.

LAURA.—Ahora es cuando creo que tienen ustedes talento.

LEANDRO.—Marchemos, amigo don Leonardo.

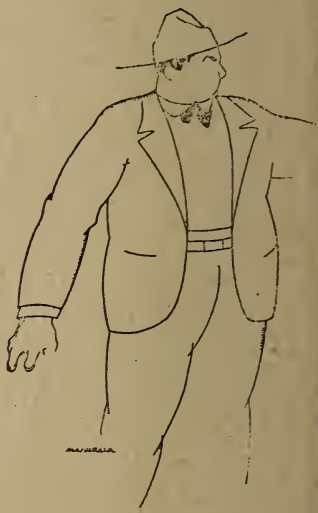
LEONARDO.—Sí, vamos, querido don Leandro. *(Se dirigen los dos hacia la puerta de la cancela.)*

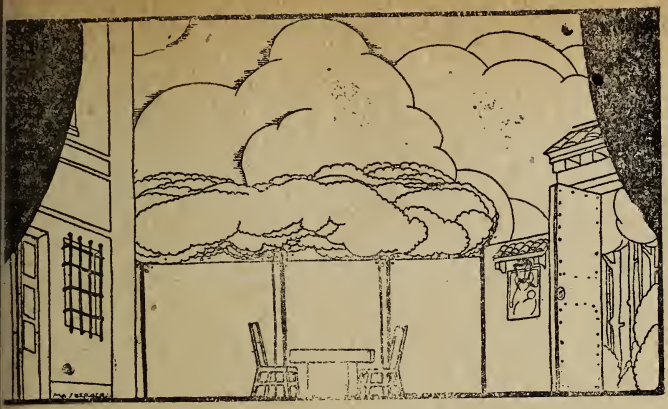
LAURA. *(A Lisardo.)*—Ea, ya puedes estar tranquilo; ahora a serenarte y a comer. Verás qué día vas a pasar.

LEANDRO. *(Desde la puerta.)*—Adiós, Lisardo; no volverás a verme en tu casa. Borra de tu cerebro el nombre del que fué tu mejor amigo, Leandro Arriba de la Cuesta.

LEONARDO. *(Idem.)*—Y no vuelvas a acordarte más del que fué tu hermano, Leonardo Pisa Moreno. *(En este momento una murga colocada en el ventanal del foro ataca el célebre cuplé de "El relicario", empezando por la frase de.)*

"Pisa, moreno,
pisa con gracia,
que un relicario..."





ACTO TERCERO

xplanada de un cortijo. A la izquierda del actor, en primer término, mplio portalón, que da entrada a la finca. Unida al portalón va una apia de unos dos metros de altura, que sigue por toda la lateral y se me al telón del foro, en la que seguirá viéndose pintada, hasta perder-e por el foro derecha. Primer término derecha, fachada de la casa ortijo; puerta practicable en el centro, con dos escaleras para subir ella, y a los lados de la puerta, dos ventanas, no muy grandes, con ejas de hierro antiguo. Segundo término derecha, caja que da paso a as tierras del cortijo. El telón del foro tendrá pintado un gran parral, ue cogerá casi toda la explanada, y detrás del parral va la tapia que ntes se ha descrito. En el centro de la escena, un velador grande de piedra tosca, y al lado de él, un sillón y cuatro sillas de campo. Son las primeras horas de la mañana. Mucha luz.

(Al levantarse el telón aparece la escena sola; por la parte izquierda de la tapia se oye un silbido; después otro y otro. LUTGARDA *sale por la puerta de la derecha y dice.)*

LUTGARDA. *(Saliendo.)*—Al demonio se le ocurre silbarme sabiendo que... *(Llega a la tapia, y subiéndose en el banco, dice como si hablase con alguien de afuera.)* Sí, sí, la he oído; pero no puedo salir ahora... *(Pausa.)* Luego quizá; si vuelve la criá de la señorita, que se fué a la capital a ver a su madre, que está mala, seguro. *(Pausa.)* Sí, sí, pa marcharme a "La Higuera". *(Pausa.)* ¡Ah! Si no vuelve, pues otro día más que me tengo que quear aquí... *(Pausa.)* Pues claro que sí podré... *(Pausa.)* Dentro de media hora. *(Pausa.)* Bueno; pero con una vez que me silbes basta. No; mejor es donde

ayer. *(Pausa.)* Sí; allí, porque desde allí no se ve na. *(Se e más sobre la tapia, y, como es lógico, se la ven parte de piernas por detrás. Hablando más alto.)* Que desde allí se ve na.

LISARDO. *(Que ha entrado por la izquierda, al oírle hab repara en ella y dice.)*—Desde allí no se verá nada, pero de aquí... se ve casi todo.

LUTGARDA.—Adiós... *(Baja del banco, y al avanzar a esc ve a Lisardo.)* ¡El amo!

LISARDO.—Oye, ¿qué es lo que no se ve desde allí?

LUTGARDA. *(Aparte.)*—Me ha oído. *(Alto.)* Era Lázaro pastor, que me preguntaba si había visto antiayer pasar el cortijo una chota que se le ha extraviao.

LISARDO.—Bueno; pues avisa a mi prima, que quiero hab con ella en seguida, que se trata de una cosa gravísima.

LUTGARDA.—¿Y por qué no pasa el amo?

LISARDO.—Si está ya levantada...

LUTGARDA.—¡Anda; levantá, peiná, arreglá y desayuná!

LISARDO.—Pues vamos allá. *(Al dirigirse a la puerta de derecha aparece en ella* LAURA.)

LUTGARDA.—Ahí la tié osté. *(Hace mutis derecha.)*

LAURA. *(Avanzando.)*—¿Cómo tú por aquí? ¿Y a estas ras? ¿Qué? ¿Quieres desayunarte?

LISARDO. *(Casi ahogándose.)*—¡Quiero morirme, Laura!

LAURA.—¿Morirte? ¿Morirte tú sin casarte conmigo? No sueñes.

LISARDO.—Laura, una puñalada en el corazón me hubi hecho menos daño que esto que me ha ocurrido.

LAURA.—¿Han vuelto el médico y el boticario a tu casa?

LISARDO.—¡Se me ha escapado mi hija!

LAURA. *(Asombrada.)*—¿Qué dices?

LISARDO.—Sí, Laura, sí. ¡Mi hija! ¡Mi Luisa!

LAURA.—¡Ay, por Dios!... Me has dejado que... Gracias que yo soy fuerte, que si no...

LISARDO.—Sí, lo comprendo.

LAURA. *(Afectando una gran emoción.)*—Déjame que siente... *(Lo hace.)*, porque la noticia es como para caerse suelo redonda. Y tú, siéntate también. *(Lisardo se sient* Habla. ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Con quién?

LISARDO.—¿Cuándo? Supongo que habrá sido esta madr gada, porque anoche cenó en casa. ¿Cómo? No lo sé. ¿C quién? Sí, porque ella misma me lo ha confesado.

LAURA.—¿Ella?

LISARDO.—Sí; en esta carta *(Saca una carta.)*, que dejó s bre la mesilla de noche; oye y dime si hay mayor desventu que la mía: *(Lee.)* "Padre: Madre, según tú mismo me h

icho, se escapó contigo porque mis abuelitos se oponían a ue os casaseis. Padre, yo voy a hacer lo que madre. Como se ue nunca consentirás en que me case con Luis Huerta y su mor es mi vida, huyo con él. No sabemos dónde iremos, lo ue haremos, si viviremos o nos moriremos."

LAURA.—¡Qué par de memos!

LISARDO. *(Leyendo.)*—"Adiós, padre mío; sé que te voy a ar un disgusto enorme; pero no lo puedo remediar: el cora- on me empuja, el cariño me ciega; no veo lo que hago. De s quinientas pesetas que tenías en la mesa del despacho me evo doscientas nada más; pero no busques las otras tres- entas porque se las lleva Luis. Perdón. Tu hija, Luisa."

LAURA.—¡Qué horror! ¡Qué horror! Y ¡qué horror!

LISARDO.—Tenía razón ese bandido de Ludovico cuando vino escupirme a la cara que su hijo y mi hija...

LAURA.—¿Y qué vas a hacer?

LISARDO.—Y qué quieres que haga; si se tratase de otro ovio removería Roma con Santiago hasta encontrarlos y los asaría. ¡Pero con Luis Huerta!... ¡Casar yo a mi hija con se Marat incipiente!...

LAURA.—No, no, haces muy bien; por encima de la honra de a chica está tu odio político. ¡Pues hombre! ¡Qué dirían tus orreligionarios, si es que queda alguno, al saber que Huer- a y tú...

LISARDO.—Me negarían el saludo.

LAURA.—No me lo digas, que me escalofrío. ¡Negarte el sa- udo! ¡Qué catástrofe!

LISARDO.—Pero, por otro lado, pienso en ella, en mi Luisa...

LAURA.—Pues déjala, que reviente o que se muera... Ya, ya tendrá su castigo; porque el final de esto ya lo veo claro: nos cuantos meses de luna de miel, y luego el hastío, y como no le atan ningunos lazos a ella, pues la abandonará...

LISARDO.—¿Tú crees?

LAURA.—Seguro; y lo lógico es que no la abandone sola...; ya me entiendes...: un nieto.

LISARDO.—¿Un nieto?

LAURA.—Un nieto, que debía ser tu alegría, tu vejez; un chicazo, que se parecería a ti en todo, y que estaría siempre sobre tus rodillas, deshaciéndote la corbata, acariciándote con sus manitas... Pero no, no. ¿Cómo vas tú a consentir...? Si la abandona, que la abandone, que vaya por la vida arrastrando el fruto de su vergüenza: ese será su castigo; pues no falta- ba más. Enamorarse del hijo de un republicanote, y cegada por su cariño huir con él... ¡Vamos que no! Ten entereza, Li- sardo, te lo suplico.

LISARDO.—Cuando pienso en ella, me falta. Ahora, cuando

pienso en él... *(Reprimiéndose.)*, cuando pienso en él... N no y no; la buscaré, la encerraré, la mataré si es preciso.

LAURA.—A ella y al nieto o lo que sea. Así se debe hac ¿Y qué? ¿Has hecho ya alguna gestión para averiguar...?

LISARDO.—Oficialmente, ninguna; me da vergüenza hac pública mi desgracia; particularmente encomendé a Lambe de ello, y espero noticias suyas; yo me vine aquí al corti porque aquella casa se me cae encima.

LAURA. *(Mirando a la izquierda.)*—Pues ahí tienes ya Lamberto. *(Por la izquierda entra* LAMBERTO, *que en vez cayada se apoya en dos muletas.)*

LAMBERTO.—Buenos días, mi amo y la compaña.

LISARDO. *(Impaciente.)*—¿Qué? ¿Has podido averiguar alg

LAMBERTO.—Na, na; lo que se dice na. Por la carretera q tira pa la capital, ni el peón caminero, ni el del Ventorro c Aire, ni naide los ha visto pasar; si es por la que va pa M dina, tampoco...

LAURA.—Puede que hayan tomao el tren aquí.

LAMBERTO.—También he estao en la estación y he habl con el fator y con el jefe, y tién la seguridad de no haberl visto. Ellos suponen si se habrán ido andando por la vía has Villacasas pa montar allí, que no son tan conocíos.

LAURA.—Y no está mal supuesto.

LISARDO.—¡Ah! Pues voy a ponerle un telegrama al jefe la estación de Villacasas.

LAURA.—Eso es; y vas a pregonar lo que estás ocultan a todo el mundo. No; tú estate tranquilo ahí en tu corti que si han escapado por allí pronto lo sabremos. Ahora verá *(Llamando a la derecha.)* ¡Lutgarda! ¡Lutgarda! Tráeme mi gabinete una carpeta que hay con papel y sobres. *(A L sardo.)* Dame tu estilográfica.

LISARDO. *(Dándosela.)*—¿Qué vas a hacer?

LAURA.—Escribir a Leoncio Tercero, que, como sabes, tie un "Ford", que conduce él mismo, para que se llegue a Vill casas o adonde sea preciso y se entere. (LUTGARDA *ha sali con la carpeta, que colocará sobre el velador.)* Leoncio me ti ne una gran estimación y lo hará en seguida y bien. *(E cribe.)*

LISARDO.—Con tal de que no atropelle a nadie.

LAMBERTO.—A las presonas, no hay cuidao; por lo men hasta ahora no ha enfilao a ninguna. Con la que la tie tomá es con los animales: en lo que va de mes lleva mata diez cerdos.

LISARDO.—Y estamos a cuatro: el día treinta y uno no h quien coma jamón en el pueblo.

LAURA. *(Poniendo el sobre y cerrándolo.)*—¡Ajajá! *(A La*

jarda.) Tú, que estás más ágil que éste *(Por Lamberto.)*, te vas a llegar al pueblo, buscas a Leoncio, el hijo de los Terceros, ése que tiene la cabeza un poco grande...

LUTGARDA.—Ya sé el que me dice la señora; precisamente la semana pasá le regaló a mi marío una boina vieja de las suyas, y la he aprovechao pa hacerle un chaleco y m'han sobrao unos retazos.

LAURA.—Bueno; pues a ése, y reservadamente, ¿te enteras bien?, reservadamente, le das esta carta y le dices que haga todo lo que le encargo en ella.

LUTGARDA.—Descuide usté. *(Hace mutis por la izquierda.)*

LAURA. *(A Lisardo.)*—Antes de una hora tendremos noticias de los pájaros.

LISARDO.—Dios te oiga.

LAURA.—Vete tranquilo, que yo te avisaré.

LISARDO.—Te dejo a Lamberto para que en cuanto sepas algo me lo mandes en seguida: como estamos tan cerca...

LAURA.—Ya te he dicho que te vayas tranquilo.

LISARDO. *(Al hacer mutis le dice a Laura.)*—Si en vez de escaparse con Huerta hubiese sido con otro cualquiera, yo mismo haría porque fundasen un hogar, porque tuviesen una casa...; pero una casa con Huerta, ¡nunca!

LAURA.—Bueno, ya lo has decidido; no te preocupes más.

LISARDO.—Adiós, Laura.

LAURA.—Adiós, Lisardo. *(Hace mutis por la derecha. Laura volviéndose a Lamberto.)* ¿Y tú por lo visto no mejoras?

LAMBERTO.—El boticario dice que voy muy bien.

LAURA.—Claro, mejor que con la cayada si irás. ¿Pero tú te sigues untando con el específico en el dedo?

LAMBERTO.—En lo poco que me queda de dedo, sí, señora.

LAURA.—¡Qué atrocidad! ¿Pero por qué no ves al médico?

LAMBERTO.—Ya lo he visto, y le he dicho: "Miste, don Leandro, que yo me encuentro ca vez peor; que va a llegar un momento en que no puea andar por mi pie."

LAURA.—¿Y qué te ha recomendado?

LAMBERTO.—Un Citroën. *(Por la izquierda, o sea el portalón de entrada, entra* LUDOVICO. *Al verlo* LAMBERTO *se retira al foro.)*

LUDOVICO.—Un momento, y perdone usted mi presencia en esta finca: cuando sepa a lo que vengo comprenderá el porqué me atrevo a pisar tierra que si no de Lisardo por lo menos es de una parienta suya.

LAURA.—Ante todo, buenos días. ¿Está usted bien? Yo bien, muchas gracias. Y ahora no se canse usted en explicarme su visita, porque la adivino. ¿Viene usted a saber de los fugitivos?

LUDOVICO.—¡Ah! ¿Luego se han refugiado aquí? Me lo estaba diciendo el corazon.

LAURA.—Pues tiene usted un corazón que no sabe lo que se dice. Ojalá se les hubiera ocurrido refugiarse aquí, porque a estas horas ni Lisardo estaría pasando el rato que está pasando, ni usted hubiera tenido que sacrincarse a pisar esta tierra.

LUDOVICO.—Entonces, ¿no sabe usted nada de ellos?

LAURA.—Hasta ahora, nada. Por más gestiones que se han hecho, como si se los hubiese tragado la tierra.

LUDOVICO.—¡Miserable! ¡Escaparse con una León! ¡Echar sobre mi limpia ejecutoria un borrón como ese!

LAURA.—Sí que ha sido un borrón...

LUDOVICO.—Me lo estaba temiendo; tanto que llenándome de barro hasta la corbata, me atreví a entrar el otro día en la mazmorra de su primo para advertírselo, pero inútilmente: entre hablar con su primo o hablar con una mula, prefiero la mula, porque las hay que no dan coces y Lisardo las da siempre.

LAURA.—Repare usted que está hablando de...

LUDOVICO.—Sí, es verdad, perdóneme usted, pero es que lo que ha ocurrido me tiene que me mordería con mi sombra; porque esto mismo ocurre tratándose de otra muchacha cualquiera y no ha pasado nada: lo busco, lo encuentro, lo caso y allá él y allá ella. ¡Pero con una León! ¿Casarse un Huerta con una León?... Antes se junta el cielo con la tierra.

LAURA.—Sí, señor, y muy bien hecho.

LUDOVICO.—El odio entre ambas familias no es de hoy, ni de ayer, ni de anteayer, viene de muy lejos; viene desde Alfonso VIII el de las Navas.

LAURA.—El de las Navas del Marqués, sí, señor.

LUDOVICO.—De Tolosa, señora.

LAURA.—Eso, de Tolosa.

LUDOVICO.—Y esta fuga echa por tierra media Historia de España.

LAURA.—No la echa, porque yo supongo que usted sabrá tener entereza.

LUDOVICO.—Yo, doña Laura, soy un roble secular. Yo siempre estoy en mi lugar y firme.

LAURA.—Pues si está usted firme y en su lugar no tiene por qué temer nada. Para usted su hijo como si hubiera fallecido.

LUDOVICO.—Usted lo ha dicho.

LAURA.—Que se entera de que anda por ahí desamparado y sin recursos, ¡que se muera!

LUDOVICO.—Que se muera.

LAURA.—Y si por culpa de este borrón viniese al mundo un

orroncillo y le tendiese las manitas llamándole abuelito, ¡que e muera!

LUDOVICO.—¡Que se mue...! Es decir, si viniese ese borronillo. como usted dice..., realmente él no tiene culpa; él no ha querido venir.

LAURA. *(Con energía.)*—Pues que se hubiese quedado en casa. Nada, nada, don Ludovico, no vaya usted a flaquear. ¡Qué dirían sus correligionarios!...

LUDOVICO.—¡Flaquear yo?... Lo que me pasa es que al fin y al cabo soy padre, y esto que llevo en el lado izquierdo no es una cacerola de aluminio, es una víscera que siente y padece, y yo sé lo que es un cariño; porque aquí que nadie nos oye sepa usted que yo me escapé también con la madre de mi hijo porque se oponían a nuestras relaciones.

LAURA.—Como yo...

LUDOVICO.—¡Ah! ¿Usted también?

LAURA.—Digo que como yo lo hubiese hecho si se hubiesen opuesto a las mías. "Cuando el corazón dice echa pa lante", ya le pueden poner guardias de la porra, que no se para.

LUDOVICO.—Veo que tiene usted un gran sentido común. inexplicable, tratándose de una parienta de León.

LAURA.—Prima segunda nada más.

LUDOVICO.—Voy a hacer una indagatoria, y si diese algún resultado volveré a que lo conozca usted.

LAURA.—Y si da resultado la que yo he mandado hacer la conocerá usted también.

LUDOVICO.—Perdone usted la molestia...

LAURA.—No faltaba más, y si quiere usted sacudirse los zapatos antes de salir... a mí no me molesta. Lamberto, sácate unos zorros.

LUDOVICO.—No, no se moleste; después de oírla, lo único que lamento es lo del parentesco.

LAURA.—Ya le he dicho que soy una prima.

LUDOVICO.—Pues no lo parece. Buenos dias. *(Mutis.)*

LAURA.—Adiós, don Ludovico. *(Le sigue hasta el portalón de la izquierda y figura que lo ve marchar. Después vuelve al centro de la escena y llama a Lamberto.)* Lamberto.

LAMBERTO. *(Avanzando.)*—¿Mi ama?

LAURA.—Mira, vas a colocarte ahí fuera, y si vieses venir hacia aquí, bien a tu amo, bien a don Ludovico o a cualquiera otra persona que no sea Lutgarda, da un silbido. ¿Comprendes?

LAMBERTO.—Sí, señora, sí.

LAURA.—Pues anda. *(Sale Lamberto por la izquierda. Laura se dirige a la ventana que hay a la derecha de la puerta y da*

tres golpes; después viene a la de la izquierda y hace lo mismo, y vuelve al centro de la escena.)

LUISA. *(Asomando la cabeza por la puerta.)*—¿Se puede?

LAURA.—Sal, hija, sal. *(Luisa sale.)*

LUIS. *(Asomando la cabeza igualmente.)*—¿No hay peligro?

LAURA.—Ninguno.

LUIS. *(Respirando fuerte.)*—¡Ay! Usted no sabe las ganas que tenía de que me diese el aire.

LAURA.—Pues respira, respira, por si acaso tienes que volver a encerrarte.

LUISA.—¿Pero no dice usted que no hay cuidado?

LAURA.—No lo hay; pero si sentís un silbido, escapar como alma que lleva el diablo a vuestras respectivas habitaciones. Tengo apostado a Lamberto para que nos avise.

LUIS. *(Con impaciencia.)*—Bueno ¿y qué?...

LUISA. *(Igualmente.)*—¿Cómo va nuestro asunto?

LAURA.—¡Magníficamente!

LUIS y LUISA. *(Con entusiasmo.)*—¿Sí?

LAURA.—Mejor, mucho mejor de lo que yo me esperaba.

LUISA.—¿Ha venido mi padre?

LAURA.—¡Claro que ha venido!

LUISA.—¡Estará el pobre...!

LAURA.—¡No te puedes dar una idea! Cuando te digo que la cosa va muy bien.

LUIS.—¡Dispuesto a transigir! ¿Verdad?

LAURA.—Sí, a transigir. ¡Más indignado que nunca! Aquí mismo acaba de jurar hace un momento que antes de unirte con un Huerta te mata.

LUISA. *(Desalentada.)*—¡Caramba, tía, y dice usted que la cosa marcha bien!

LAURA.—¡Espléndida!

LUIS.—Acaso sea porque mi padre...

LAURA.—Tu padre también ha estado aquí.

LUIS.—¡Ah, vamos! ¿Y él...?

LAURA.—El ha dicho que si se entera algún día de que te encuentras en la miseria, en medio del arroyo y cubierto de harapos, le dará un ataque de risa.

LUIS.—¡Mi madre, qué padre!

LUISA.—Bueno, ¿pero de casarnos?...

LAURA.—Opina como tu padre: dice que primero lo cuelga de una encina.

LUIS.—Pues sí que hemos hecho las diez de últimas.

LUISA.—Sí, Luis, sí; mi tía dirá lo que quiera, pero esto que hemos hecho me parece una pitada. *(Suena un silbido por la parte izquierda del foro. Luisa y Luis corren y hacen mutis por la puerta de la derecha. Queda sola en escena Laura.)*

LAURA.—¿Quién vendrá? Acaso sea Lisardo, que la impa-
ncia no le dejará esperar a que le avise... *(Pausa.)* No,
es no parece que... *(Se asoma al portalón de la izquierda.)*
o se ve a nadie! Lamberto es el único que está allí en el
uce de la carretera... *(Volviendo al centro de la escena.)*
rá que se le ha figurado que venía alguien y... *(Acercándo-*
a la puerta de la derecha.) Salir, que no era nadie. (LUISA *y*
IS *vuelven a salir.)*

LUISA.—¿Entonces ese silbido?

LAURA.—Un exceso de precaución de Lamberto.

LUIS.—Bueno, pues usted dirá qué porvenir nos espera; por
e ya aunque nos escapásemos de verdad...

LUISA.—No transigiendo nuestros padres...

LAURA.—¿Pero quién ha dicho que no transigen?

LUISA.—Según usted, el mío primero me mata.

LUIS.—Y el mío primero me cuelga.

LAURA.—Según yo, no: según ellos. Ahora, según yo, esta
isma tarde tenéis que dedicaros a arreglar los papeles para
asaros en seguidita.

LUISA.—No se burle usted, tía.

LAURA.—Tan verdad como que tengo que ir arreglando yo
s míos.

LUISA.—¿Oyes esto, Luis?

LUIS.—Lo oigo, y qué quieres que te diga: a gloria me sue-
an sus palabras. Pensar que se terminaron las zozobras, las
nquietudes...; que vas a ser mía para toda la vida.

LUISA. *(Entusiasmándose.)*—Y tú mío para siempre.

LUIS.—Que vamos a vivir en una eterna caricia.

LUISA.—En una constante ventura.

LAURA.—¡Eh, eh, que estoy yo aquí, y que estoy viuda to-
davía!...

LUISA.—Perdónenos usted, pero es que al pensar que vamos
a estar siempre juntos...

LUIS.—Y qué cuando lo estemos, ¿quién podrá separarnos?
(La abraza.) ¿Quién? *(Se oye otra vez el silbido.)*

LUISA. *(Con rabia.)* ¡El silbido!

LAURA. *(Asomándose a la izquierda.)* Preparaos... Es
Lamberto el que llega, pero solo. *(Entra* LAMBERTO.) ¿Pero
por qué silbas sin venir nadie?

LAMBERTO.—A eso venía, a decirle que no soy yo el del silbío.

LAURA.—¿Y quién puede ser?

LAMBERTO.—A eso venía también. Como los silbíos salían de
este lado de la tapia, casi al final, pues me acerqué con cuidado
a ver quién era, y tapándose entre los encinares que dan por
frente pude ver al que silbaba.

LUIS.—¿Y quién era?

LAMBERTO.—Don Leonardo.

LUISA.—¡El boticario!

LAMBERTO.—El boticario.

LUISA.—¡Es posible!

LAURA.—Ahora caigo. Sí, hija, sí; el boticario, que lleva haciendo el mirlo ahí desde esta mañana. *(A Lamberto.)* Mira si silba otra vez, le gritas desde la tapia: "Está en el pueblo"

LAMBERTO.—¡Ah, ya comprendo! Le silba a la Lutgarda.

LAURA.—A la Lutgarda.

LUISA.—Le traerá algún específico para su marido. Como está tan mal.

LAMBERTO.—Desde que se casaron, que le ayuda en lo que puede.

LAURA.—Sí en lo que puede: le ayuda en todo. Bueno, aquí no podéis estar.

LUISA.—¡Por Dios, tía, otra vez a recluirnos!

LUIS.—A apartarnos.

LUISA.—Si al menos nos dejase usted que estuviésemos un rato hablándonos.

LUIS.—Tenemos que hacer nuestros planes.

LAURA.—Ahí dentro y sin estar yo: no quiero planes.

LUISA.—Y aquí fuera no puede ser.

LAMBERTO.—Digo yo, y la señora me perdone, que los señoritos puén hablar to lo que quisieran, sin miedo a que los vean, por el lao ese de los chopales. Como a nadie de los que vengan se le va a ocurrir ir pa allá, y últimamente, con adelantarme yo a avisarles y que se entrasen por la puerta de la cocina...

LUIS.—Sí, sí, déjenos usted que nos saturemos de aire y de sol.

LAURA.—Bueno, pero nada más que de aire y de sol.

LUISA.—¡Por Dios, tía!

LUIS.—Hasta ahora siempre nos hemos visto y nos hemos hablado entre sombras.

LAURA.—Bueno, pues a los chopales, y cuidadito con venir hasta que yo os avise.

LUISA. *(Con alegría.)*—Descuide usted. *(Hacen mutis por el foro derecha, o sea por detrás de la casa.)*

LAURA. *(Dejándose caer en una silla.)*—Bueno; como mi plan fracase, la que se tiene que colgar de una encina soy yo. *(Por la izquierda, o sea, por el portalón de entrada se oyen las voces de* LISARDO *y* LUDOVICO, *que discuten acaloradamente.)*

LISARDO.—Es que si tú entras, no entro yo.

LUDOVICO.—El que no entra, como entres tú, soy yo.

LISARDO.—Pues yo tengo que entrar; de modo que tú veras lo que haces.

LUDOVICO.—El que tiene que verlo eres tú, porque yo entro.

LAURA. *(Llegando hasta el portalón.)*—¿Pero qué es eso? ¡n la puerta de mi casa escándalos, no! Pasen, pasen. *(Ludo-co y Lisardo están en el portalón, guardando la misma línea sin avanzar más uno que otro.)*

LISARDO.—Mientras éste no se vaya...

LUDOVICO.—Hasta que éste no ahueque...

LAURA. *(Resuelta y cogiendo a cada uno de una mano, los tra de un tirón.)*—He dicho que adentro, y adentro. ¡Así! ¿es parece a ustedes bien que, ocurriendo lo que ocurre, se ngan a discutir sobre si entra el uno o entra el otro?

LISARDO.—Yo he entrado porque tú me lo has suplicado; ie si no, no entro ni a tirones.

LUDOVICO.—Como yo, por acceder a sus ruegos...

LAURA.—Son ustedes muy galantes los dos. Conque a sen-irse.

LISARDO.—¿Sentarme? ¿Pero tú sabes lo que dices?

LUDOVICO.—¿Pero usted sabe lo que pide?

LAURA.—Que se sienten ustedes, porque como supongo que endrán a saber noticias, y Leoncio aún no ha venido, no es osa de que se estén de pie; a lo mejor, se le ha estropeado el 'ord, o ha atropellado algún cerdo... o los ha encontrado y s trae...

LISARDO. *(Con rabia.)*—¿Traerlos? Me alegraría; me ale-raría, para que presenciase ese descamisado lo que hacía on mi hija.

LUDOVICO.—Por mucho que tú hicieses con ella, no llegaría lo que yo haría con el mío, aquí, delante de todos.

LAURA. *(En irónico siempre.)*—Tú, la matabas; éste, lo col-;aba de un árbol, y yo os ayudaba a los dos. Hoy estoy dis-uesta a dar facilidades.

LUDOVICO.—¿Se mofa?

LISARDO.—¿Te befas?

LAURA.—¡Qué me voy a mofar ni a befar!... Ya conocen ómo pienso: tú tienes razón; aquí, Ludovico, también la tie-ie. Pues a esperar, que lo que sea sonará. *(Se oye por la iz-quierda la bocina de un automóvil.)* Ya ha sonado.

LAMBERTO. *(Que se ha acercado a la puerta.)*—Es el Ford del señorito Leoncio.

LAURA.—¿Todo?

LAMBERTO.—Menos una rueda.

LAURA.—Hoy ha tenido suerte. *(Por la izquierda entra* LEON-CIO, *agitado, convulso, sin gorra; en la cabeza, y en vez de rana, sacaba pelos en desorden, casi de punta.)* ...

LEONCIO. *(Entrando y abrazando a Laura.)*—¡Ay, doña Lau-ra de mi alma!

LAURA.—Leoncio, Leoncio.

LISARDO.—¿Leoncio, qué pasa?

LEONCIO. *(Dejando a Laura y abrazándose a él.)*—¡Ay, don Lisardo de mi vida.

LUDOVICO.—Pero, Leoncio, ¿qué ocurre?

LEONCIO. *(Soltando a Lisardo y abrazándose a Ludovico.)*—¡Ay, don Ludovico de mi corazón!

LAMBERTO.—¡Pero, señorito, por Dios!

LEONCIO. *(Soltando a Ludovico y dirigiéndose a Lamberto.)* ¡Ay, Lam...!

LAURA. *(Conteniéndolo.)*—No te abraces a ése, que lo tiras.

LISARDO. *(Nervioso.)*—Habla, Leoncio.

LUDOVICO. *(Idem.)*—Por tu madre, habla.

LEONCIO.—No puedo; siento una angustia, noto un vacío... *(A Lamberto.)* Mira a ver si traigo una rueda floja...

LAMBERTO.—La trae usted de menos.

LEONCIO.—Ya decía yo.

LAURA.—Bueno, Leoncio; ya comprenderás nuestra impaciencia... ¿Qué? ¿Has estado en Villacasas?

LISARDO.—¿Los has visto?

LUDOVICO.—¿Traes algún rastro?

LAURA.—Dinos lo que sea, por Dios.

LEONCIO.—¿Que lo diga? ¿Ustedes quieren que lo diga?

LAURA.—Por horrible que sea.

LISARDO.—Sin ocultarnos nada.

LEONCIO.—Pues bien; en el kilómetro diez y ocho de Villacasas a Medinilla, el tren correo ascendente ha pasado sobre los cuerpos...

LAURA. *(Dando un grito.)*—¡Jesús! *(Cae sentada.)*

LUDOVICO.—¡Mi hijo! *(Cae sentado.)*

LISARDO.—¡Mi hija! *(Idem.—Hay una pausa. Todos están aterrados.)*

LAURA. *(Rompe la pausa. Apenas puede hablar, y con frases entrecortadas le pregunta.)*—¿Y... cómo... has sabido...?

LEONCIO.—En Villacasas guardan una gran reserva; la tragedia los ha sobrecogido. El jefe y el factor, a los que pregunté, se negaron a hablar; busqué al guardaaguja y, a fuerza de pincharle, conseguí enterarme de todo. ¡Qué espanto!

LISARDO. *(También con voz angustiada.)*—¿Pero a ti te han asegurado que eran ellos?

LEONCIO.—A mí, el guardabarrera me dijo que sobre las nueve menos cuarto vió llegar a dos jóvenes muy amartelados que le preguntaron a qué hora pasaba por allí el correo; le contestó que de un momento a otro... Después los vió alejarse no mucho, y en vez de cruzar la vía, vió...

LUDOVICO, LISARDO y LAURA.—¿Qué vió?

LEONCIO.—Vió que se hincaron de rodillas, que se abrazaron que fijaron la vista anhelante en el camino de hierro, como esperasen algo, algo que debía llegar, y, efectivamente, el reo que llega y...

LAURA.—Basta, basta; no sigas, que no sé si podré resistirlo.

LUDOVICO.—¿Pero los han identificado? ¿Han encontrado lo que haga creer...?

LEONCIO.—De caballero. han encontrado un encendedor automático, que tiene grabadas toscamente una N y una E.

LUDOVICO. *(Alargando un grito.)*—¡Ah!...

LISARDO.—¿Por qué te apuras? Si fueran L. H., lo comprendo; pero N. E. no son las de tu hijo.

LUDOVICO. *(Sollozando.)*—Sí, Lisardo, sí; ese encendedor es él: por cierto que le salió malísimo, y esas iniciales se las grabó su primo, en broma.

LAURA.—¿Y qué quiere decir N. E.

LUDOVICO. *(Llorando.)*—No enciende.

LISARDO.—¿Y de señora se ha encontrado algo?

LEONCIO.—Un bolso de ante con cierre de carey.

LISARDO. *(Angustiado.)* ¡De ella!

LEONCIO.—Y dentro del bolso una polverita de plata.

LISARDO.—¡De ella!

LEONCIO. Y dos billetes de cien pesetas.

LISARDO. *(Llorando.)*—¡Míos!

LEONCIO.—Además, se ha encontrado también una pulsera de esas de aro.

LAURA.—Sí, sí; era un aro de oro que le regalé yo. Recuerdo de familia; fué de mi bisabuela, lo heredó mi abuela, después, mi madre. y más tarde, yo... ¡Lo que ha rodado ese aro!

LISARDO. *(Sollozando.)*—¡Desgraciados!

LUDOVICO. *(Idem.)*—¡Infelices!

LAMBERTO. *(Idem.)*—¡Pobrecillos! ¡Tan simpáticos! ¡Tan buenos!

LAURA. *(Sollozando.)*—¡Claro que si hubiesen tenido otros padres no se hubiesen tenido que suicidar! Porque la culpa es nuestra y nada más que vuestra, y, a partir de hoy, no podréis dormir sin que la conciencia os grite: ¡Parricidas!

LISARDO. *(Acobiado.)*—Sí, sí.

LUDOVICO. *(Igual.)*—Tiene usted razón; pero es que si yo llego a sospechar que iba a hacer esa locura, soy capaz de pedirle a ése. de rodillas, la mano de su hija.

LISARDO.—Pues si yo lo llego a presumir... la caso, no digo yo con tu hijo. sino con Trosky.

LUDOVICO.—El odio nos ha cegado y el odio nos castiga.

LISARDO.—Desde hoy dejo de ser conservador.

LEONCIO.—Y yo republicano.

LAURA.—Y puesto que la desgracia os une, que os unan tan bién los brazos. León, abraza a Huerta; Huerta, oprima León.

LISARDO. *(Abrazándose.)*—¡Ludovico!

LUDOVICO.—¡Lisardo!

LISARDO.—En estos momentos de dolor reconozco que sido injusto contigo.

LUDOVICO.—No, Lisardo; el injusto he sido yo, y si mi p bre hijo viviera, tendría a honra que fuese hijo tuyo.

LISARDO.—¡Como si mi hija viviese! ¡Qué mejor suegro pa ella que tú!

LAURA.—Bueno; pues entonces, la semana que viene casamos.

LUDOVICO.—¿Qué dice?

LISARDO.—El dolor la ha vuelto loca.

LAURA.—Digo que la semana que viene *los* casamos, y a otra semana *nos* casamos. ¿Te enteras, primo?

LISARDO.—¿Qué dices?

LAURA.—¿No recuerdas que desde pequeñita te dije: serás mío? Pues ahora no tienes escape. Ya han desaparecid los obstáculos.

LISARDO.—¡Claro, como que ha desaparecido mi hija!

LAURA.—Si tu hija está aquí, conmigo.

LUDOVICO.—¡Cómo!

LAURA.—Y su hijo de usted, también.

LUDOVICO.—Entonces, ¿todo eso del correo?

LAURA.—Ha sido una carta. Una carta que le escribí a és para que viniera diciendo todo eso.

LISARDO.—Pues si te oye Conan Doyle, te plagia.

LEONCIO.—Pues se me han quedado tres o cuatro detalle espeluznantísimos. Hallazgos todos: un zapato en el paso nivel, un calcetín junto al disco y una media en las agujas.

LISARDO.—¡Pa matarlo!

LEONCIO.—Pa matarme, sí; pero gracias a doña Laura y mí, han hecho ustedes las paces y han hecho ustedes la felic dad de sus hijos.

LAURA.—Y que para que os deis una idea, hacedme el fav de ocultaros ahí *(Señalándoles la puerta de la casa.)*, que lo voy a mandar llamar, y ya veréis... ¡Son dos tórtolos! No c san de decirse ternezas. Lo que quiere el uno lo quiere el otr Entre los dos no hay más que una voluntad. ¡Hubiera sido un lástima matar ese cariño! Entrad, entrad, y oírlos, que se va a caer la baba... Tú, Lamberto, diles que vengan; pe sin que sospechen que están aquí sus padres.

LAMBERTO.—Sí, sí; comprendido. *(Mutis foro derecha.)*

LUDOVICO. *(Entrando.)*—¿Quién podrá romper ya esta amis-
, Lisardo?
LISARDO.—Nadie. Y no volverán ya; pero si volviesen otra
z los tiempos de elecciones, de los muertos que levantase
a mí, cuenta con la mitad. *(Hacen mutis.)*
LEONCIO.—Bueno, y yo me voy a encerrar el "Rol", si usted
manda otra cosa.
LAURA.—Nada, hijo, nada. Y gracias, Leoncio. Te debe mi
rina la felicidad y yo te debo mi casamiento.
LEONCIO.—Bueno, ¿y quién me debe la rueda? Porque es que
he hecho cisco.
LAURA.—No te preocupes; mañana te mando una docena.
LEONCIO.—Oiga usted, que no son pasteles.
LAURA.—Tú estate tranquilo. Adiós.
LEONCIO.—Adiós. *(Hace mutis.)*
LAURA.—¡Ea, ya logré mi sueño! Se casan y me caso. *(Por
foro derecha sale* LUISA, *y detrás* LUIS, *que vienen en una
titud hostil, como regañando.)*
LUISA.—Oiga usted, tía: disponga usted lo que sea, porque
no me caso con éste.
LUIS.—El que no se casa con ésa soy yo.
LAURA. *(Hecha una furia.)*—¿Que no os casáis?
LUISA.—Pero ¿cómo me voy a casar yo con ése, que es tan
iso y tan mala persona como su padre?
LUIS.—¿Y como me voy a casar yo con ésa, que ha salido
n hipócrita y tan déspota como el suyo?
LAURA. *(Aparte.)*—¡Ay, sus padres, que los están oyendo!
Alto.) Bueno; pero ¿se puede saber que os ha pasado en las
ioperas?
LUISA.—Este, que es un vanidoso.
LUIS.—Esta, que se cree que no hay más mujer que ella en
mundo.
LUISA.—Lo que me sobran a mí son hombres.
LUIS.—Y lo que me sobran a mí son mujeres.
LAURA.—Y lo que me sobran a mí son agallas para cogeros
los dos y llevaros arrastras a la iglesia. ¡Pues, hombre, no
altaba más! Vosotros os casáis, y os casáis.
LISARDO. *(Saliendo.)*—¡Y tanto que os casáis! Porque ¿cómo
uelvo yo ahora a pelearme con éste?
LUDOVICO.—Con nuestra amistad no se juega, y o te casas
on ésta, o va a arder aquí hasta tu encendedor.
LUIS.—Pero si yo la quiero, padre; ahora que, en cuanto se
a dao cuenta de que iba a ser mi mujer, ha empezao a man-
arme.
LAURA.—Qué poca paciencia tienes. Si eso viene después,
nujer.

LUISA. *(A Luis.)*—Entonces... ¿me perdonas?

LUIS.—¿Cómo no? *(Se abrazan.)*

LAURA. *(A Lisardo.)*—Pues ya lo sabes. La semana que ne, la de ellos, y a la otra, la nuestra.

LISARDO.—Sí, hija; te empeñaste en que cayera y he ca *(Lanzadas por detrás de la tapia de la izquierda, caen a pies de Lisardo dos codornices, con un papel atado a las pat*

LAURA.—¿Qué ha caído?

LUDOVICO.—Parecen dos codornices.

LISARDO. *(Cogiéndolas.)*—Dos codornices son, y traen at a las patas una misiva. *(Leyendo el papel.)* "Para que las tofes, ingrato."

LAURA.—Del médico.

LISARDO.—Del médico, sí. El pobre, desde que perdió amistad, no sabe lo que se hace.

LAURA.—Como que se le están curando la mayor parte los enfermos.

LISARDO.—¡Ese sí que me quería! *(Por el mismo lado de tapia se ve verdular una caña de pescar, de cuyo anzuelo p den dos truchas, que también llevarán un papel en la cola.*

LUISA. *(Viendo las truchas.)*—¿Pero qué es eso?

LUIS.—¿No ven ustedes?

LUDOVICO. *(Descolgándolas.)*—Dos truchas y otro papel

LISARDO. *(Lo coge.)*—A ver, a ver. *(Leyendo.)* "Para las escabeches, mal amigo."

LAURA.—Del boticario.

LISARDO.—Por lo visto, están ahí detrás de la tapia.

LUIS. *(Sale y mira.)*—Sí, ahí están.

LISARDO. *(A Laura.)*—¿Te parece que salgamos para hac les entrar? Hoy es un día feliz para nosotros.

LAURA.—Como quieras. Pero antes te advierto que de hoy tú te acuestas a la hora que quieras, te levantas cua quieras, comes lo que se te antoje, bebes lo que apetezcas fumas lo que tengas ganas, sin tener que pedir permiso a die, absolutamente a nadie... más que a mí.

LISARDO.—¡Eres la llave!

LAURA.—Y en cuanto nos casemos voy a ser la llave y cerrojo.

TELON

LA FARSA

PUBLICACIÓN SEMANAL DE OBRAS DE TEATRO

DIRECTOR: VALENTIN DE PEDRO

Administración: RIVADENEYRA S. A.—Sección de Publicaciones.

PASEO DE SAN VICENTE, 20.—MADRID

PRECIO DEL EJEMPLAR: 50 CENTIMOS

NUMEROS PUBLICADOS

1. LA CARABA, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
2. MI MUJER ES UN GRAN HOMBBE, de Berr y Verneuil, traducción de José Juan Cadenas y Enrique F. Gutiérrez-Roig.
3. LA VILLANA, de Romero y Fernández Shaw, música del maestro Vives.
4. LA AVENTURERA, de José Tellaeche, música del maestro Rosillo.
5. LA CUESTION ES PASAR EL RATO, de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.
6. ATOCHA, de Federico Oliver.
7. ¡MAL AÑO DE LOBOS!, de Manuel Linares Rivas.
8. MARIA DEL MAR, de Juan Ignacio Luca de Tena, adaptación escénica de una novela de Miguel de la Cuesta.
9. LA DEL SOTO DEL PARRAL, de Luis Fernández de Sevilla y Anselmo C. Carreño, música de los maestros Soutullo y Vert.
10. LA SOPA BOBA, de Antonio Paso y Antonio Paso (hijo).
11. LOS LAGARTERANOS, de Luis de Vargas.
12. ME CASO MI MADRE O LAS VELEIDADES DE ELENA, de Carlos Arniches.
13. ¡ESCAPATE CONMIGO...!, de Armont y Gerbidón, versión castellana de José Juan Cadenas y Enrique G. Gutiérrez-Roig.
14. CALAMAR, de Pedro Muñoz Seca.
15. LAS ALONDRAS, de Romero y Fernández Shaw, música del maestro Guerrero.
16. EL ANTICUARIO DE ANTON-MARTIN, de Antonio Paso.
17. CANCIONERA, de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.
18. EL GATO CON BOTAS, de Tomás Borrás y Valentín de Pedro.
19. VIA CRUCIS, de Luis Fernández Ardavín.
20. SU MANO DERECHA, de Honorio Maura.
21. ENTRE DESCONOCIDOS, de Rafael López de Haro.
22. LA MANOLA DEL PORTILLO, de Emilio Carrère y Francisco Pacheco, música del maestro Pablo Luna.
23. DOÑA MARIA LA BRAVA, de Eduardo Marquina. (Número homenaje a María Guerrero.)
24. LA CHULA DE PONTEVEDRA, de Paradas y Jiménez.
25. LA ULTIMA NOVELA, de Manuel Linares Rivas.
26. LA NOCHE ILUMINADA, de Jacinto Benavente.
27. ¡USTED ES ORTIZ!, de Pedro Muñoz Seca.

LA FARSA

ha publicado un número extraordinario, como su plemento a las ediciones corrientes, dedicado a l gran revista

EN PLENA LOCURA

tirado en huecograbado, con 32 fotografías, a pá gina, de las bellas tiples de la compañía Velasc y de las escenas más importantes, y el texto ínte gro de la revista, que hace un total de 96 página en huecograbado.

No deje usted de adquirir este número, verda deramente extraordinario, en el que, gracias a huecograbado, puede usted **VER** la revista, e toda su belleza y fastuosidad.

Magníficos retratos de Isabelita Ruiz, María Ca ballé, Tina de Jarque, Miss Dolly, Mlle. Lou, en fir todas las tiples y segundas tiples, tal como sale en *En plena locura.*

Precio del ejemplar: UNA peseta.

LA FARSA

está a la venta en la

Librería de ALEJANDRO PUEYO

AVENIDA DEL CONDE DE PEÑALVER, 16.==MADRI

Donde puede usted adquirir el número de la se mana y los números atrasados que le falten par completar su colección.

QUIERE LEER A LOS MEJORES AUTORES

COMPRE TODOS LOS JUEVES

LA NOVELA MUNDIAL

Esmerada presentación. La más económica.

Ilustrada por los mejores dibujantes españoles.

colaboran en ella, entre otros, los maestros de la novela contemporánea española, Pío Baroja, Alberto Insúa, Ramón del Valle-Inclán, Pedro Mata, Ramón Pérez de Ayala, Manuel Bueno, Rafael López de Haro, Antonio Zozaya; Francisco Camba, Cristóbal de Castro y Emilio Carrère, y los nuevos novelistas Jesús R. Coloma, Valentín de Pedro, Juan José Lorente, Alberto Marín Alcalde y José Llampayas.

30 CENTIMOS EJEMPLAR

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

Madrid:	semestre, 7,50 pesetas;	año, 14 pesetas	
Provincias:	semestre, 8,00 —	año, 15 —	
Extranjero:	semestre, 13,00 —	año, 24 —	

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

SADENEYRA S. A.-Sección de Publicaciones

Paseo de San Vicente, 20. - MADRID

Rivadeneyra (S. A.) Artes Gráficas
Paseo de San Vicente, 20. Madrid.